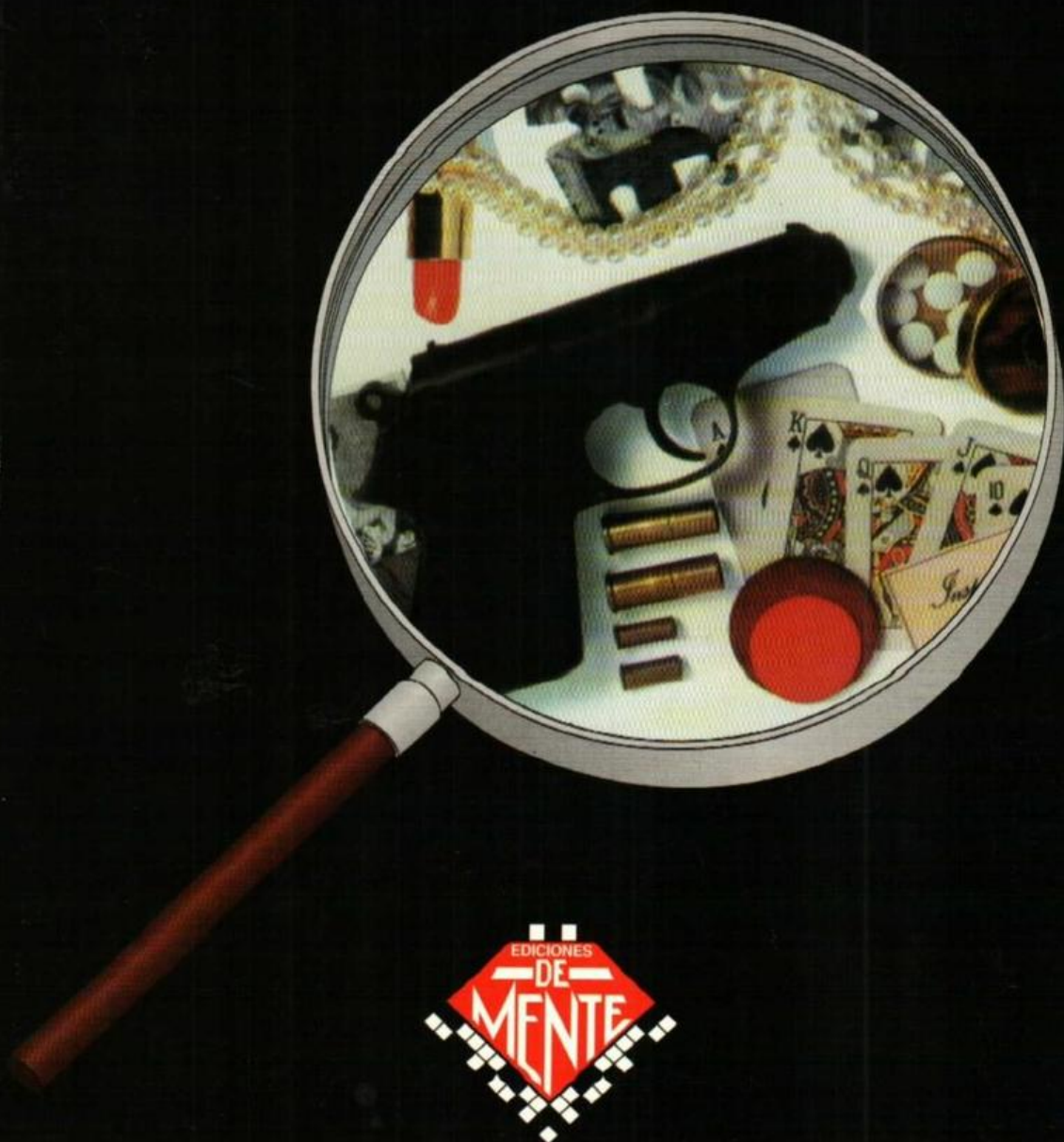


Austin Ripley

45 Crímenes para Resolver



Pruebe su habilidad como detective

Austin Ripley

45 Crímenes para Resolver



Colección dirigida por Jaime Poniachik y Daniel Samoilovich
Edición a cargo de Diego Uribe
Traducción de Mirta Rosenberg

Edición original en inglés publicada con el título *Minute Mysteries*

1ª edición en castellano publicada en 1991 por Juegos & Co. con el
título *El Detective es Usted*.

© 1999 by United Games SRL
Corrientes 1312, 8º piso
C1043ABN Buenos Aires, Argentina
Fax: +54 11 4372 3829

I.S.B.N.: 950-765-100-4
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

INTRODUCCION

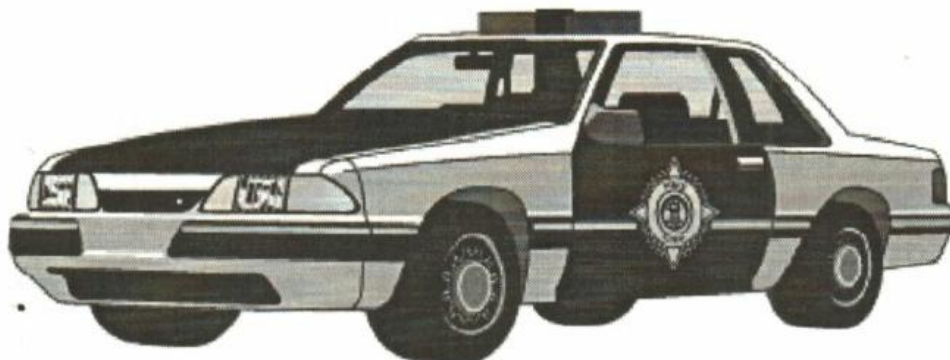


Usted es el detective en este excitante juego de misterios policiales. Cada uno se presenta completo, con la trama y sus claves, y sólo lleva un minuto de lectura.

Intente luego resolver el misterio, apelando a su sentido común. Muchas veces se trata de descubrir un detalle revelador en la historia, un desliz equívoco en el relato o un pequeño elemento sospechoso.

Otras veces hay que seguir un breve razonamiento lógico. Como sea, son enigmas que no demandan un esfuerzo excesivo. Las soluciones de los casos están al final del libro.

EL INCIDENTE DEL JOVEN TRANQUILO



El coche policial volaba a través de la noche de Chicago.

—Llegan demasiado tarde —dijo el joven tranquilo de la oficina 409. Fordney hizo una mueca.

Everett Moore, el subtesorero de la compañía de Helados Imperial, continuó:

—Hoy tuvimos una recaudación inusualmente abundante. A la 1:30 escuché que alguien subía la escalera. Creyendo estar solo en el edificio, rápidamente apagué las luces y fui de puntillas a la oficina interior. Allí también estaba completamente oscuro. Alguien entró con una linterna. Se acercaba un tranvía, y esperé para que su ruido encubriera el que yo haría, y entonces apresuradamente disqué el número de la jefatura y susurré: “Auxilio, oficina 409, 18 South Birch”, y dejé el teléfono descolgado. Volví a la puerta intermedia... la había dejado apenas entreabierta. La linterna estaba sobre la mesa, y había una figura inclinada sobre ella. Alcancé a ver que se trataba de un hombre enmascarado. Con un revólver en la mano, recogió el dinero que había sobre la mesa y lo guardó en una bolsa. Era bastante pequeño, pero yo estaba desarmado. El ganaba. Esperé un par de minutos y luego encendí las luces.

—¿Qué número discó usted? —preguntó Fordney.

—Bien, el de la jefatura... Policía 1313.

El profesor observó un papel que había en el canasto.

—¿Salió esta noche?

—Sí, fui a buscar un sandwich y café a las 11:15.

—¿Por qué no comió en el restaurante?

—Siempre traigo la comida aquí. No me gusta estar afuera demasiado rato.

—Póngase el sombrero —ordenó el profesor—. Ya descubriremos quién es su cómplice en la jefatura.

¿Cómo se dio cuenta Fordney de que Moore estaba mintiendo, y que se trataba de un trabajo hecho desde adentro?



UN HECHO SIGNIFICATIVO

El asesino escaló sin duda hasta la ventana abierta del dormitorio de Lord Melford –insistió el sargento detective Boland, dirigiéndose al profesor Fordney–. Sabrá que descubrimos que todas las puertas estaban cerradas desde adentro, y que todas las ventanas, salvo la del dormitorio en cuestión, estaban aseguradas con pestillo. ¿Ve esas huellas en el cantero?

Los dos hombres se encontraban directamente debajo de la ventana del noble cuando el hombre de Scotland Yard, excitado, tomó del hombro a Fordney y le señaló el muro cubierto de hiedra de la vieja mansión. A diez pies de altura, justo antes de la ventana de Melford, en el tercer piso, las ramas de la enredadera estaban quebradas y arrancadas.

–¡Mire, profesor, tengo razón! Así es como entró el asesino. Echemos otro vistazo adentro.

Lord Melford yacía en su cama con la garganta cortada, y la almohada y la sábana estaban cubiertas de sangre. Uno de sus brazos caía sobre el borde. El velador seguía encendido. Acercándose a la ventana abierta, Boland descubrió raspones recientes en el alféizar.

–Eso lo decide, profesor. ¡Diablos, me gustaría que se equivocara usted alguna vez! Su teoría de que se trataba de un trabajo hecho desde adentro, y que el asesino no entró por la ventana se ha hecho pedazos ahora. El único que ganaba algo con la muerte de Melford es su sobrino y... no creo que él tenga el coraje suficiente para hacer algo así.

–Las apariencias engañan, viejo... usted ya lo sabe. Realmente me sorprende que no haya reparado en un hecho tan significativo, –Fordney examinó meticulosamente el alféizar de la ventana–. ¿No se da cuenta de lo que le digo?

¿Cuál era el hecho significativo que Boland pasó por alto?

EL MISTICO RESUELVE SU ASESINATO



La habitación era una carnicería. Con una bala en la cabeza, el afamado místico hindú Haroun Bey yacía en el suelo. Cerca de él había una sencilla chaqueta deportiva con una sola hilera de botones. En la mano del muerto se veía un botón que Bey había arrancado de la prenda, suponía Fordney, mientras él y su atacante luchaban por la posesión del arma. Al arrancar el botón se había producido un desgarrro en el lado izquierdo de la chaqueta. Tras matar al vidente, el asesino había empezado a revisar la habitación, pero había sido interrumpido, tal vez sorprendido por alguien, y se había marchado apresuradamente. Al menos, ésas eran las deducciones del profesor.

¿El asesino habría encontrado lo que buscaba? Y si así era, ¿de qué se trataba?

Se sabía que tres personas habían visitado a Bey esa noche.

A las 7:30, la conocida Ida Pettinelli se había presentado allí. Fordney se enteró que la mujer tenía que resolver algo con el vi-

dente, ya que éste le había revelado al esposo de la mujer (a cambio de una crecida suma) un secreto celosamente guardado.

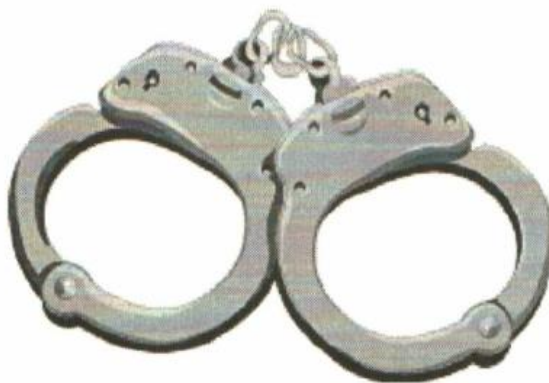
A las 8:45, el fiscal James Ross, quien, según se decía, sería el próximo gobernador, visitó a Bey. Pocos días antes, el hindú había amenazado con hacer público (si no se le pagaba por su silencio) un incidente que arruinaría la carrera de Ross.

A las 9:10 llegó el señor Ira Hogan. Por consejo de Bey, había invertido su dinero en una empresa arriesgada, que finalmente fracasó, haciéndole perder todo. En quiebra, con mala salud y el espíritu quebrantado, Hogan había jurado vengarse.

El profesor Fordney estableció de manera definitiva que Bey estaba con vida a las 7:30, la hora de su primera cita de la noche. Los tres sospechosos se negaron a declarar, y todos alegaron no saber nada del asesinato. Un documento incriminatorio, referido a Ross, no fue hallado en la habitación de Bey.

Al revisar las evidencias, Fordney detuvo a uno de los tres sospechosos para continuar la investigación.

¿De quién sospechaba Fordney?



UN FIN DE SEMANA INTERRUMPIDO

El profesor Fordney, quien conducía por una transitada vía pública, repentinamente clavó los frenos para detener su auto. Acababa de pasar junto a una forma que yacía en medio de la calle. Corriendo hasta el lugar donde se hallaba la figura caída, se agachó junto a una mujer de alrededor de 50 años, vestida con batón y un pulóver, y que tenía una fea herida en la frente. Muy pronto advirtió que ya no podía hacer nada por ella: el cuerpo estaba frío, y sin duda la muerte había sido causada por un auto, que le había dejado la marca de dos cubiertas sobre el pecho.

Fordney ordenó a uno de los agentes que mantenía alejada a la gente que ya se había reunido, que telefonara a la jefatura. Una hora más tarde, el profesor seguía tratando de localizar a alguien que pudiera arrojar alguna luz sobre la tragedia.

Tras pacientes y tediosas investigaciones, se enteró de que la mujer era una tal señora Belamy, y que vivía en los suburbios de la ciudad. La policía localizó finalmente a Nick Chester, un pensionista de la muerte, quien voluntariamente admitió que la había llevado al centro en su auto. Dijo que la había dejado a dos manzanas del lugar donde la había encontrado Fordney. Al enterarse de que la señora Belamy no llevaba anteojos cuando la encontraron, Chester sugirió que debía haber cruzado delante de un auto, y que el conductor había seguido su avance a buena velocidad.

El profesor exhaló un suspiro. ¡Este fin de semana no se salvaría del calor de la ciudad! El trabajo era lo primero.

—Ahora bien, ¿por qué la señora Belamy llevaba puesto un pulóver de hombre? ¿Y por qué habían arrojado su cuerpo en ese sitio en particular? ¡Sin duda no la atropellaron ni la mataron aquí! —masculló para sí con desconsuelo.

¿Cómo lo supo el profesor?

LAS CHUCHERIAS DE BEBE

—¡Oh! ¿Quién... qué está...?

—Déme la llave de la caja de sus joyas y muévase... hacia el baño —ordenó el joven de rostro sombrío que había entrado en la suite del hotel donde se alojaba la estrellita cinematográfica Bebé Bedeaux.

—Pero... pero... —balbuceó la aterrada Bebé.

—No me gustaría aplastarte esa bella naricita con esta porra —dijo el asaltante—, ¡pero si no me das esa llave, arruinaré tu futuro antes de que empiece! Gracias... ahora, ¡al baño!

* * *



—Entonces, por supuesto, entré al baño —dijo Bebé al profesor Fordney—. Justo antes de hacerlo, otro hombre entró a la suite. Llevaba sombrero, y se cubría el rostro con un pañuelo. Me cerraron en el baño. Cuando la criada me dejó salir, una hora más tarde, mis joyas habían desaparecido. Por favor, recupérelas para mí.

Tras examinar los registros del hotel e interrogar a los empleados, el criminólogo redujo sus sospechas a Burton Chance, Dick Lyon y Peter Drake. Ulteriores investigaciones revelaron que uno de los tres era el asaltante que había encerrado a Bebé en el baño, otro había sido su cómplice criminal durante muchos años y el tercero era un empleado del hotel. Por casualidad Fordney descubrió que el empleado del hotel había sido quien había sugerido el robo a los dos maleantes, aunque no sabía que eran ladrones profesionales de joyas. La otra única información que Fordney pudo conseguir de inmediato fue la siguiente:

1. Burton Chance se había registrado en el hotel como procedente de Lima, Perú.
2. Dick Lyon y el asaltante, ambos rubios, habían cumplido una condena en Londres por robo de joyas y chantaje.
3. Era la primera aventura criminal del empleado del hotel.

¿Quién era el asaltante armado?



LA MUERTE AZOTA A LA BANDA

Levantando la ruinoso navaja del borde del lavabo, el profesor desenvainó la hoja recta y observó ambos filos.

Se agachó sobre el cuerpo desnudo de Paul Loken, que yacía en el piso del dormitorio, y volvió a examinar meticulosamente la espantosa herida de su garganta, que se extendía casi de oreja a oreja. Las marcas de un filo eran evidentes.

El cuerpo sólo tenía puesta una media. La mano izquierda aferraba un pedazo de papel pentagramado. El doctor Graham olió la colilla que se encontraba cerca del cadáver.

—Marihuana, —dijo. Luego los dos pasaron al living.

* * *

—Después del espectáculo, Nan, ella... es nuestra cantante... y tiene un departamento dos pisos más arriba... se detuvo con Paul y conmigo para tomar una última copa —explicó el líder de la banda, Cedric Kendrick—. Paul es nuestro trompetista... compartimos este departamento. Paul terminó su trago y fue a su habitación. Al cabo de unos quince minutos, escuchamos un ruido en el baño. Abrimos la puerta y... ¡Dios!.. ¡Qué espectáculo espantoso! No entramos... ¡no pudimos entrar! Cerré la puerta y telefoneé al doctor Graham y a la policía.

—¿Vio humo en el baño?

—Sí, una nube de humo. Paul era adicto a la marihuana.

—¿Sufrió mucho? —preguntó Nan.

—Casi nada —replicó el doctor Graham, recordando el profundo tajo de izquierda a derecha—. En algunos casos la víctima vive lo suficiente como para hacer cosas increíbles —agregó echando un vistazo a Fordney—, pero Loken murió antes de tocar el suelo... instantáneamente.

—Lo cual, entre otras cosas —añadió el profesor—, ¡convierte esto en un asesinato!

¿Qué dato demostró que uno de ellos (Kendrick) había asesinado a Loken?

UN ERROR ESPANTOSO



El profesor Fordney completó su examen de la habitación. Tras encontrar todo en orden, salvo por el cadáver y la sangre en el suelo y en el alféizar de la ventana, se dirigió al hombre atontado y sentado en la silla.

Al ser interrogado, el hombre relató la tragedia.

—Varias veces esta noche mi esposa se sobresaltó al oír ruidos fuera de la casa, y me pidió que fuera a ver. Lo hice, pero como no encontré nada inusual, lo atribuí a algún bromista que pretendía asustarnos.

“Nos fuimos a la cama a las 10, y un rato después me despertó un ruido, como de rasguños, y una voz débil. En pocos segundos, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude discernir una figura de pie ante la ventana. Tomando el revólver que tenía debajo de la almohada, hice fuego dos veces, me incorporé de un salto, encendí la luz, y me horrorizó ver a mi esposa yaciendo allí... muerta. Telefoneé al doctor Willard y después...

—Un momento —lo interrumpió Fordney—. ¿Qué revela su examen, doctor?

—Una bala le atravesó el hombro, la otra entró por la espalda, atravesó el corazón y emergió del pecho izquierdo. La muerte fue prácticamente instantánea —respondió el facultativo.

—¿Tocó algo además del cadáver, doctor?

—Nada.

—¿Y usted, Danlley?

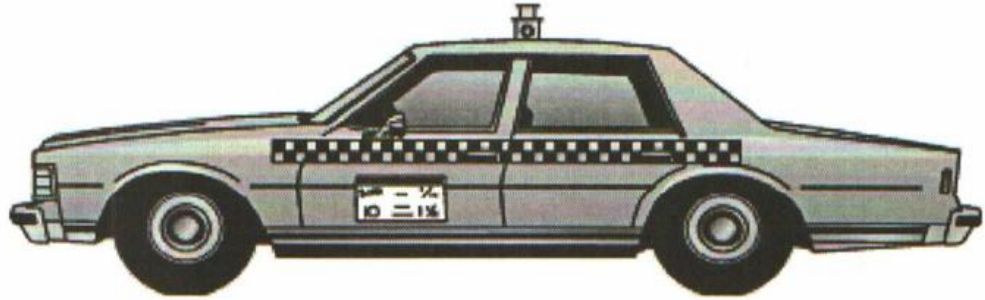
—Bien... sólo el teléfono. Después tenía tanto frío que... fui al sótano y encendí el fuego en la caldera.

—Y sin duda caldeó el ambiente —lo interrumpió el profesor, abriendo la única ventana de la habitación para que entrara un poco de aire—. ¡Un crimen estúpidamente planeado, Danlley! ¡Arréstelo, sargento!

¿Por qué?



EN LA ENCRUCIJADA



Brown, el chofer del taxi, señaló el cadáver del hombre que estaba sentado erguido en el medio del asiento trasero.

—Este fiambre estaba hablando con una señora frente al hotel Burch cuando llegué allí a dejar un pasajero.

“Me llamó cuando estaba a punto de arrancar, y me dijo que lo llevara hasta la encrucijada de Burlington. Yo conocía el camino más corto, pero la mujer me dijo que tomara un camino más largo, la ruta vieja y llena de pozos, y cuando él me dijo que sí, lo hice. Por eso demoré tanto en llegar hasta aquí.

—Adelante —dijo el profesor Fordney.

—Le juro por Dios, señor, que no sé cómo le metieron ese cuchillo en el corazón. No me detuve ni una vez... pesqué todos los semáforos en verde en la ciudad, y cuando llegué al cruce y él no hizo ningún movimiento para bajarse... me di vuelta y vi que tenía clavado ese cuchillo! Estaba detenido junto a una luz, de modo que pude verlo con claridad.

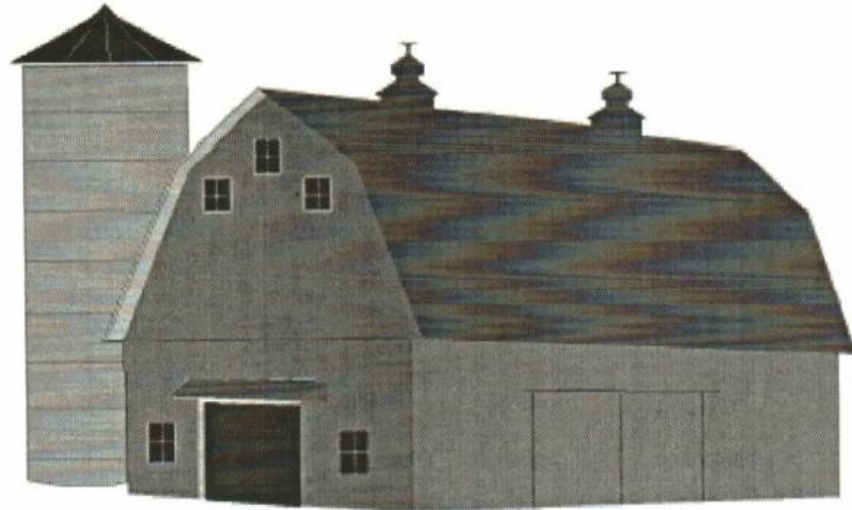
Le tomé el pulso, después salí disparando hacia la jefatura. Sabía que estaba muerto. He visto muchos fiambres en mi vida. Pero cómo llegó ese cuchillo hasta su corazón, a menos que se haya apuñalado a sí mismo, yo no lo sé.

-¿La dama era alta o baja?
-Baja y delgada... pero valía la pena mirarla...
-¿El pasajero que llevó hasta el hotel era una mujer?
-Sí... una señora anciana...
-Está mintiendo, Brown, así que voy a arrestarlo... -lo interrumpió el profesor.

¿Cómo supo Fordney que Brown estaba mintiendo?



CITA IMPOSTERGABLE



—Algunos de los mayores recordarán a Ed Krause, que se graduó hace un par de años —dijo Fordney a su clase—. Bien, me encontré con Ed anoche... es agente especial del FBI ahora, y me contó que recientemente tuvo una experiencia que sin duda les resultará interesante.

“Krause y su colega, George Hoffman, trabajaban como jornaleros en la granja de Otto Shendrik y Honus Wenger, ambos sospechosos de llevar a cabo actividades subversivas. Un día, el comportamiento de Shendrik hizo imperativo que Ed se contactara con Hoffman según una cita previamente establecida. De modo que ese mismo día, al anochecer, padeció un terrible dolor de muelas, y preguntó a Shendrik si podía llevarse su auto para ir hasta el almacén de ramos generales a buscar algún calmante.

“El suspicaz granjero accedió... si Ed se avenía a pagar el combustible. El comercio se encontraba a exactamente seis millas y media de distancia, en un camino solitario, al norte de la

granja, y Shendrik dijo que recorría exactamente 13 millas por galón de gasolina. Bien, después de que Shendrik constató el millaje en el velocímetro, Krause le pagó un galón de gasolina. Shendrik le advirtió que no fuera ni un pie más allá del comercio. ¡No tenía deseos de que nadie le gastara las cubiertas paseando por ahí!

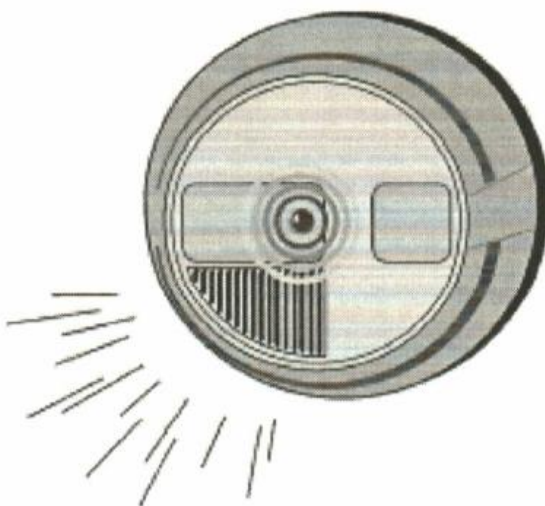
“¡Qué dilema para Ed! Tenía que pasar por el almacén, ya que Shendrik podría comprobarlo luego, pero el lugar de su cita estaba a dos millas al Este, sobre un camino situado a una milla al sur del almacén. Y no sabía cómo desconectar o alterar el cuentamillas. Si el reloj revelaba más de 13 millas de viaje, Ed sabía que lo despedirían. ¡Y no obstante tenía que contactarse con Hoffman!

“Ed es listo!”, concluyó el profesor, “y estuvo a la altura de la ocasión. Condujo hasta el almacén, hasta el lugar de su cita con Hoffman y de regreso a la granja. No tocó el cuentamillas (ni tampoco lo hizo ninguna otra persona), y sin embargo cuando Shendrik examinó el reloj, éste marcaba exactamente 13 millas más. ¿Cómo se las arregló Krause?”

¿Cómo lo hizo?



LOS SIETE CANALLAS



La alarma se apagó. Muy pronto llegó el informe de que había caído un pescado escogido del submundo. El profesor Fordney abandonó su laboratorio a medianoche para dirigirse a la Jefatura y prestar ayuda al jefe de Homicidios, el inspector James A. Kelley. Un notorio hampón había sido asesinado, y habían arrojado el cadáver en la puerta de su propia casa, en un temerario desafío a la policía.

Los interrogados guardaron un sombrío silencio. Kelley y Fordney se negaron a dar a la prensa otra información que no fuera la siguiente:

Están detenidos siete criminales, entre ellos el jefe y el verdadero asesino. Son Eli Rickel, apostador; Sylvester Zych, caca-que barrial; Rudolph Vock, ex-convicto; Ned Boskin, guardaespaldas; Monte Montalto, el rey de las máquinas tragamonedas; Eddie Croft, agitador, y Joe Gorski, matón.

1. Eli Rickel, Monte Montalto y el asesino son los más despiadados de todos. Fordney los cree responsables de al menos cuatro asesinatos no esclarecidos que se produjeron en los últimos siete meses.

2. Rudolph Vock, y Joe Gorski, el jefe, fueron juzgados por el asesinato de Big Jake Kilroy, en San Francisco, y sobreseídos.

3. Sylvester Zyck y el asesino eran amigos tan íntimos que recientemente habían despertado las sospechas de Vock y Gorski, quienes previnieron al jefe.

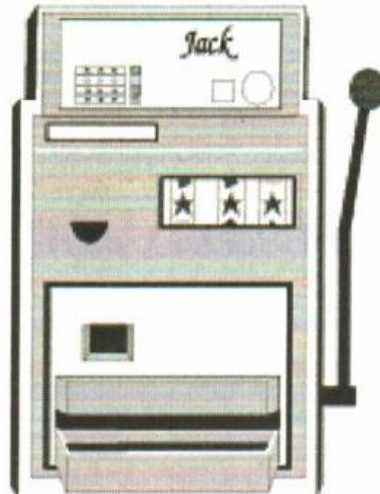
4. El asesino y Ned Baskin eran socios en gran número de fraudes. Baskin tiene un ojo de vidrio. Se cree que el asesino tiene una fortuna en bancos brasileños.

5. El jefe y Montalto tienen como amantes a dos coristas de un espectáculo musical de éxito.

6. Recientemente, el jefe y Eddie Croft hicieron un viaje de "observación" a ciudad de México.

7. Eli Rickel y el jefe cumplieron una condena juntos en la prisión estatal de Waupun.

¿Quién es el jefe de la banda?



UN MAL DISFRAZ

—¡Anne... Oh, Anne... Anne! —exclamó Rudolph Shepard, mirando con fijeza a su esposa—. ¡Se ha matado!

Al escuchar sus gritos, Christopher Newcome, su patrón, corrió hacia las habitaciones de servicio. La almohada sobre la que descansaba la cabeza de Anne estaba cubierta de la sangre que manaba de un orificio de bala que la mujer tenía en la sien.

—Deja el revólver donde está... no toques nada —ordenó Newcome—. Telefonaré a la policía.

—Llame a un médico, señor —rogó el criado.

—No tiene sentido... está muerta.

Cuando llegaron el inspector Kelley y el profesor, encontraron a Rudolph arrodillado junto a la cama de su esposa, llorando.

—¿Quién la encontró? —preguntó Kelley.

—Yo, señor —sollozó el criado.

—¡No comprendo cómo tenía mi revólver! —exclamó Newcome cuando Kelley levantó el arma de la cama.

—¿No recuerda, señor, que me dijo que no funcionaba bien? Yo lo traje a mi habitación para arreglarlo. Le quité una arenilla del eyector y después me olvidé de llevarlo otra vez a su habitación.

Fordney observó un uniforme de criada y un camisón extendidos sobre una silla junto a la cama. Al retirar las sábanas, le llamó la atención ver que un rasguño reciente marcaba el pecho de la mujer. Ella sólo se había sacado los zapatos y el uniforme. En el dorso de ambas manos, cerradas en un puño, había unos pequeños magullones oscuros.

Mientras Rudolph explicaba la presencia del arma, Fordney advirtió que Kelley se había dado cuenta de que se trataba de un asesinato y no de un suicidio.

¿Cuándo se dio cuenta?

UN CRIMEN RECIENTE



Tras una cena epicúrea, el profesor Fordney y varios amigos estaban sentados en la sala de su club.

—Bien —dijo el criminólogo—, si ustedes, aficionados a los enigmas criminales, insisten en que les cuente un caso criminal en el que hay sólo un error, aquí lo tienen.

Entregó el siguiente recorte de un periódico a Charles Winters, un conocido hombre de negocios de Danbury:

CONDUCTOR ASESINADO MIENTRAS ESTABA ESTACIONADO CON UNA AMIGA

ABRE LA VENTANILLA CUANDO LA GOLPEA HOMBRE ARMADO,
LE DISPARAN ANTES DE LEVANTAR LOS BRAZOS.

Un hombre golpeó en la ventanilla cerrada de un auto en el que se encontraban Joseph Candora, un contratista de empresas viales de Bridgeport, Conn., y la señora Rose Worth, telefonista domiciliada en el número 62 Este de la Calle 127. El auto estaba estacionado en la Calle 187 y

Riverside Drive, y el incidente se produjo en las primeras horas de la mañana de ayer. Candora levantó la ventanilla y el hombre, desconocido para la señora Worth, introdujo una pistola por la abertura y anunció que se trataba de un asalto.

Candora, dijo más tarde la señora Worth, no hizo ningún intento de resistirse al asaltante, pero el intruso, en cuanto hizo su anuncio apretó el gatillo del arma. La bala le dio a Candora en la garganta, haciéndolo caer hacia adelante, mortalmente herido. Los detectives de la delegación de la avenida Wadsworth creen que fue un asesinato deliberado. El asesino subió a otro automóvil, donde lo esperaban dos hombres, y se alejó. La señora Worth, gritando, bajó del automóvil y corrió por la calle.

Winters leyó el recorte detenidamente, y luego dijo burlonamente:

—Eso es fácil, profesor.

¿Cuál es el detalle incorrecto del artículo periodístico?



UN ASUNTO DE RAPIDA DEDUCCION



La querubínica expresión de satisfacción del sargento detective Tom Conroy se convirtió en furia... y humillación, mientras escuchaba, desde su cuarto de hotel, a través del micrófono que había colocado en la habitación contigua. Allí, el notorio pero nunca apresado ladrón de joyas Derek Jason estaba hablando con su bella esposa, Lily Lomes.

—Y entonces, mi amor, como los polis están demostrando tener ciertos indicios de inteligencia, debemos separarnos... temporariamente.

—¿Pero y qué pasa... —preguntó Lily—, con el trabajo de Brandon?

—Se hará tal como está planeado. Hasta dentro de unos días no decidiré cuándo y dónde, pero te lo haré saber con tiempo para que arregles nuestra huida.

Lily habló con tono de perplejidad:

—¿Pero cómo haré para saberlo, si dices que no debemos vernos, cablegrafarnos ni telefonearnos?

—Eso —rió Derek—... es algo que al detective de la habitación de al lado le gustaría saber, y por lo que vendería a su chueca suegra! Toma... lee esto, luego lo quemaré.

* * *

—Los hemos seguido todo el tiempo, profesor —continuó el sargento Conroy—. Hemos intervenido sus teléfonos, e interceptamos los cables y el correo. No se han visto, pero estoy seguro de que Jason hará el trabajo de Brandon, y Lily arreglará la huida. ¿Cómo haremos para atraparlos?

Fordney permaneció varios minutos en silencio. Finalmente dijo:

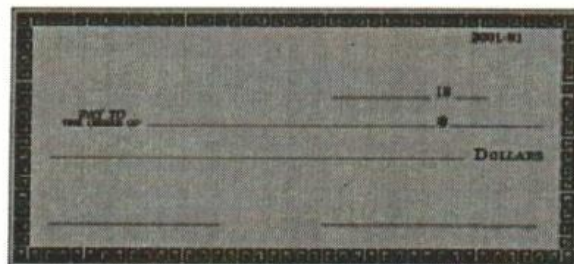
—¿Los dos tienen cuenta en el mismo banco?

—Sí. En el First National. Y es algo curioso. Jason hace un depósito todas las mañanas, y a la tarde Lily hace un retiro.

El criminólogo se incorporó de un salto.

—¡Vamos, sargento! ¡Tal vez estamos a tiempo de frustrar al astuto Jason!

¿Por qué medio se comunicaban diariamente Jason y Lily?



EL INCIDENTE DEL CADAVER EXHIBICIONISTA



Era un espectáculo extraño. La pequeña y exóticamente bella Mado Gougin pendía de un brazo de la enorme araña, y sus piernas colgaban pasando por una abertura de la mesa del comedor. Estaba vestida para salir, con elegantes zapatos de taco alto, una falda corta y una blusa de seda verde.

Las tres hojas que se habían quitado del centro de la mesa lustrada se encontraban apoyadas contra una pared.

El nudo, hecho de manera inexperta, casi no la sostenía. La cuerda era fina y se había estirado considerablemente; los pies de Mado estaban a pocos centímetros del suelo.

La adinerada Mado, que había sido una niña prodigio en música y que nunca había cumplido la promesa de su juventud, había sido una gran exhibicionista.

Por qué se había casado con el insulso Herbert Ashley era un misterio para sus amigos.

Ashley, de modales suaves, estaba diciendo:

—Me temo que la muerte del joven mayor Redfield fue lo que desató esto. Lo mataron recientemente en el Pacífico. Sí, sé que Mado estaba enamorada de él, pero... —se encogió de hombros despectivamente—... los genios tienen licencias que a nosotros, los humanos comunes, se nos niegan. Volví de cazar hace una hora y la encontré así. Estaba sola... despidió a todos los criados la semana pasada... le pareció patriótico hacerlo...

—Las únicas marcas que hay sobre la mesa, profesor, son las huellas digitales de la mujer y una única gota de cera, pero en las hojas hay polvo facial y rouge y también sus huellas digitales.

El sargento Bell miró con curiosidad a Ashley y continuó:

—En la cocina encontramos una balanza. Ella pesa exactamente cincuenta kilos. ¿Arresto a Ashley por asesinato, señor?

Fordney asintió.

¿Por qué Fordney creyó que Ashley había asesinado a su esposa?



EL ASESINO DE LA BANDA DE ESTAFADORES



Cuando los detectives privados Buck Merrick y Sid Damon intentaron entrar por la fuerza en el departamento 302 de Rensonia, cuatro hombres, que consiguieron escapar, los recibieron con una lluvia de balas. Merrick cayó atravesado por cuatro proyectiles, y murió poco después, sin identificar a su asesino.

Damon dijo al profesor Fordney que él y Merrick, trabajando para el rico petrolero John Wright, habían logrado finalmente localizar el escondite de la banda de estafadores que habían despojado a su cliente de 350.000 dólares y habían intentado apresarlos. Como Damon era nuevo en el caso, Merrick le había dicho que la banda estaba formada por Oswald Munson, Dan Carmody, Rick Somer y el Lindo Harry Keeler.

Una vez que atendieron sus heridas, Damon acompañó al profesor en una incursión al submundo, que les valió la siguiente información adicional:

1. Uno de los cuatro, un ex-profesor de Lenguas Romances, era el jefe de la banda.

2. Somer había estado intentando ganar la confianza del ex-profesor (por alguna secreta razón personal), pero el jefe no confiaba en él.

3. Las amantes de Carmody y del jefe eran las bellas hermanas del Lindo Harry Keeler.

4. El jefe y el hombre que mató a Merrick eran amigos íntimos, y ambos tenían prontuarios criminales en Australia.

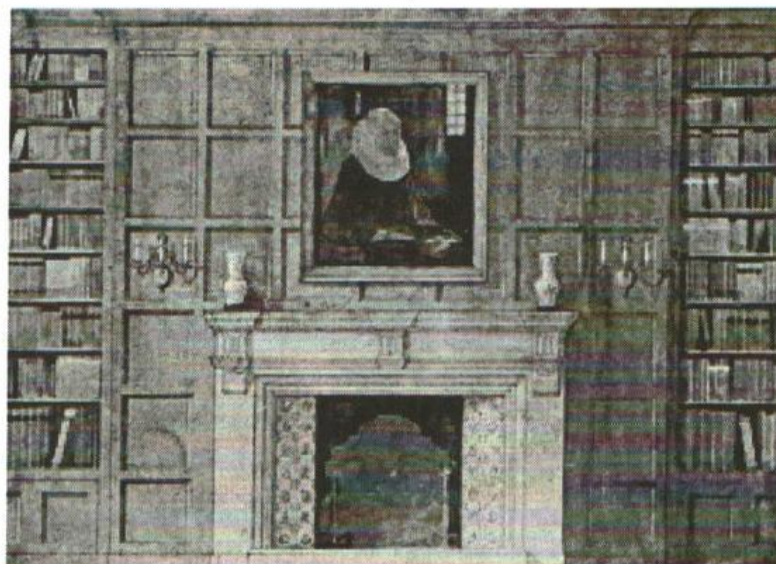
5. Después del último trabajo exitoso de la banda, las partes que correspondían a Keeler y al asesino de Merrick excedían en 20.000 dólares a las de los otros dos miembros, a causa de los gastos en los que habían incurrido.

Tras estudiar esta información, con rapidez Damon y Fordney identificaron al asesino y difundieron una alarma. Lo atraparon tres días más tarde, cuando intentaba abordar un avión.

¿Quién mató a Buck Merrick?



DESTINO Y FUTILIDAD



Con un empujón heroico, el sargento Cargo forzó la puerta de la biblioteca de Andrew Morse. El anciano filántropo estaba sentado ante su escritorio... muerto. Sobre una mesita había una garrafa de whisky (con la tapa recién sacada), un vaso alto casi vacío, una hielera con cubos, una botella de agua mineral, tapada con un pequeño corcho, y un frasco vacío. Sobre el escritorio había una pequeña tarjeta con estas palabras mecanografiadas: **AHOGADO EN UN MAR DE FUTILIDAD.**

El profesor se rascó una oreja, y luego se encaminó hasta unas puertas-ventanas abiertas que conducían a una terraza. El termómetro exterior marcaba 5 grados más.

En la cocina, Anna, la vieja ama de llaves de Morse, le hizo un breve relato:

—Le llevé un whisky al señor a las 9:30... la hora de siempre, pero parecía nervioso, nada bien, de modo que hace unos 20 minutos golpeé para preguntarle si estaba bien. Como no me contestó, lo telefoneé a usted, profesor.

Cuando Fordney bajaba los peldaños de entrada, el sobrino de Morse, Ted Terry, se bajó de un taxi. Eran las 11:14.

—Tengo malas noticias para tí, hijo. Encontramos a tu tío muerto en la biblioteca... envenenado.

—¿Envenenado? ¿Envenenado? ¡Qué espantoso! ¿Pero por qué estaba cerrada la puerta de la biblioteca? ¿Mi tío tenía miedo de alguien?

—No, creo que no... las puertas-ventanas estaban abiertas. ¿Fuiste a la pelea?

—No. Estuve toda la noche trabajando en la oficina.

—¿No conseguiste entrada?

—Oh, sí. Una cerca del cuadrilátero —Terry le mostró una entrada—. Hasta último momento pensé que tal vez podría llegar, pero...

Fordney se estremeció y volvió a entrar en la casa. Lo esperaba una tarea desagradable.

¿De quién sospechaba Fordney? ¿Por qué?



EMBOSCADA

—Será mejor que caminemos por un costado, John —dijo Fordney mientras tomaban el sendero hacia el bosque.

Avanzando por donde le habían indicado, John dijo:

—Como le dije, profesor, Crane salió del pabellón para ir a cazar. Más o menos diez minutos después, escuché un disparo y un grito. Corrí por el sendero y lo encontré a unos quinientos metros, sangrando terriblemente de una herida en la cabeza. Regresé corriendo en busca del botiquín de primeros auxilios y lo vendé lo mejor que pude, pero él murió antes que terminara de hacerlo. Entonces regresé al pabellón y lo telefoneé a usted.

Al llegar al lugar donde yacía Crane, explicó:

—Lo di vuelta para poder vendarle la cabeza.

—Deben haberle disparado desde alguna emboscada, ya que no hay más huellas que las que se ven en el sendero, tres veces las suyas, y una vez las de Crane —dijo el profesor tras un cuidadoso examen.

Internándose en la maleza, exclamó:

—El asesino debe haber estado apostado por aquí. ¿Ve esas marcas de pólvora en las hojas de esta rama?

Mientras cortaba la rama, Fordney se lastimó la mano.

—Será mejor que se desinfecte-sugirió John.

De regreso en el pabellón, Fordney estaba a punto de tomar una botella de desinfectante del botiquín que había usado John, cuando observó una mancha de color marrón oscuro en la etiqueta. Acercándose al lavatorio, miró por el espejo, y vio a John que furtivamente deslizaba una tijera en el botiquín.

Girando lentamente, Fordney dijo:

—¡Voy a arrestarlo como sospechoso de asesinato!

¿ Por qué ?

EL CASO 463

A las 8:10 PM del 4 de Julio de 1945, la señorita Ruby Marshall salió de su departamento del quinto piso del hotel Oakwood. Mientras caminaba hacia el ascensor, pasó junto a la joven Jane McGuire. La muchacha de catorce años llevaba su terrier escocés con una correa larga, y cuando se cruzaron, el perro gruñó y saltó sobre la señorita Marshall. La mujer gritó y volvió corriendo a su departamento.

Treinta minutos después, la madre de Jane McGuire recibió un llamado de la jefatura que le informó que la señorita Marshall había sido atendida en el Hospital de la Merced a causa de una herida en la rodilla, donde la había mordido el perro de los McGuire. Inválida desde dos años atrás, la señora McGuire no podía ocuparse personalmente de la situación.

Inmediatamente llamó a su amigo, el profesor Fordney, a quién comunicó lo ocurrido, pidiéndole que se ocupara del caso.

El profesor encontró a la señorita Marshall sentada en una silla de la guardia de emergencia, a punto de marcharse del hospital. Cuando el médico que la había atendido dio autorización a Fordney para examinar la herida, el profesor levantó el inmaculado vestido largo de la señorita Marshall, advirtió que llevaba las medias enrolladas por debajo de la rodilla, quitó el vendaje y encontró unas marcas cauterizadas en la rótula derecha. Dirigiéndose al médico, inquirió:

—¿Está seguro que éstas son marcas de dientes?

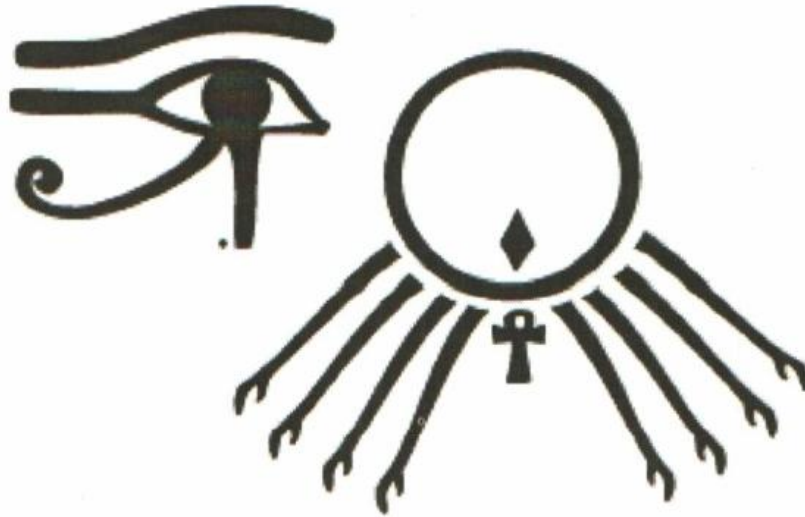
—Bien... ¡eso me pareció al verlas!

Bajando el vestido de la mujer, el profesor dijo a ésta:

—Sin duda no ha demostrado demasiada inteligencia al acusar de esto a la señora McGuire, con quien está enemistada. ¡Su perro no la mordió!

¿Cómo lo supo ?

DIA DE CLASE



—Había esperado —dijo Fordney a su clase hace algunos años— que el profesor Albert Einstein, quien enunció la teoría de la relatividad en 1905, estuviera hoy aquí para hablar con ustedes. Desafortunadamente, no pudo estar presente, de modo que les contaré la proeza de otro afamado científico, Sir Joshua Beckwith, profesor de Hierología de Londres.

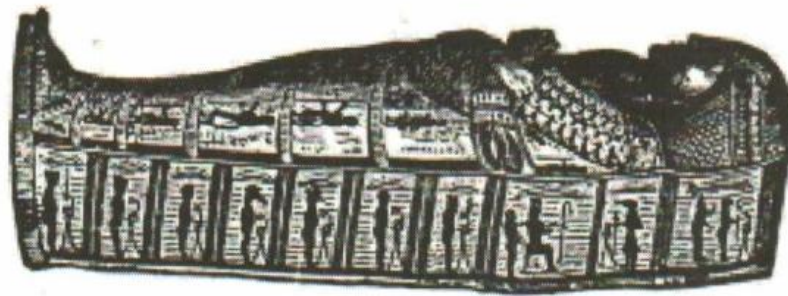
“Había descubierto una antigua tumba en Egipto y, gracias a su indiscutible conocimiento y su capacidad de interpretar jeroglíficos, había establecido concluyentemente la fecha de nacimiento y reinado de un gran faraón, cuya momia había encontrado. Por ser un hombre de temperamento volátil, un científico de opiniones que expresaba sin vacilación, y que ponían en evidencia el charlatanismo de otros, tenía muchos enemigos.

“El Museo Británico pronto recibió un mensaje, firmado por Sir Joshua, que decía lo siguiente en una parte: ‘He descubierto la tumba de un importante faraón que reinó de 1410 hasta 1428 A.C., y que murió a los 42 años, dejando un hijo y una hija. Uno de sus hijos murió al poco tiempo de empezar su reinado, etc...’

“Al principio, los funcionarios del Museo quedaron atónitos, pero cuando examinaron detenidamente el mensaje, advirtieron con rapidez que o se trataba de una estúpida farsa o de una broma de mal gusto.

“Tenían razón: el mensaje no procedía de Sir Joshua Beckwith. El científico había hecho un descubrimiento de gran importancia... pero, ¿cómo advirtieron las autoridades del Museo que la comunicación no era auténtica?”

¿Cómo lo supieron?



LA HUIDA



Cuatro rudos prisioneros de la cárcel del condado extrajeron caños de la pared, golpearon a dos guardias con ellos, matando brutalmente a uno, y escaparon por un agujero hecho en la pared, tras armarse con pistolas y municiones. Se trataba de Dan Morgan, Sam Chapin, Louis Segal y Anton Kroll, todos ellos condenados por robo armado.

Rápidamente se organizó una persecución, y la banda fue rodeada en un vallecito situado a quince millas de la prisión. Dos maleantes resultaron heridos y todos fueron capturados, pero antes un miembro de la banda dio muerte, de un balazo en la cabeza, al guardia estatal Don Burton.

El profesor Fordney interrogó a los cuatro delincuentes por separado, pero todos se negaron a dar información, ya sea con respecto a ellos mismos o a los demás miembros de la banda. Sin embargo, por otras fuentes, el criminólogo se enteró de los siguientes hechos:

1. Uno de los cuatro, un ex-bailarín, actuaba como jefe de la banda. Hablaba con fluidez varios idiomas.

2. Durante algún tiempo, el feo Segal y el apuesto jefe habían sospechado uno del otro.

3. Una semana antes del arresto, Sam Chapin y el jefe ganaron 4.000 dólares cada uno jugando a los dados en la cabaña del lago de Anton Kroll. Kroll no juega.

4. El jefe y el prisionero que mató al guardia Don Burton son viejos amigos. En una oportunidad regentearon una casa de juego en Cuba.

5. Anton Kroll y el asesino habían estado saliendo con dos hermanas mellizas que no sabían nada de sus actividades criminales.

Fordney permaneció en su estudio evaluando los datos recientes. Al cabo de unos momentos, llamó por teléfono al fiscal a cargo, diciéndole que acusara de asesinato a...

¿Quién mató a Don Burton?



EL FIN DE UNA CARRERA CRIMINAL

Fordney levantó la nota mecanografiada que se encontraba debajo de la cabeza de Carr, quien había caído sobre el escritorio junto a la máquina de escribir. La leyó:

Field acaba de llamar. Viene por mí. No puedo escapar de él. Estaré muerto en cinco minutos. Esta nota dirá a la policía quién lo hizo. Lo escucho... en este momento traspone la puerta. El...

—Le dieron en el corazón— comentó el profesor, entregando la nota al sargento Reynolds.

—Así es —agregó Reynolds—. Murió instantáneamente y no tuvo tiempo de terminar la nota. Era una personalidad inusual —continuó el sargento—. Lo que llamaríamos un pacifista dentro de los criminales. Nunca portó armas, y estaba orgulloso del hecho de no haber derramado nunca sangre ajena durante su larga carrera criminal. No comprendo, sin embargo, por qué se quedó aquí sentado esperando la muerte... a pesar de tener el lado derecho paralizado.

—¿No advierte el olor que hay en la habitación, Reynolds? Un perfume muy fino. Es suave pero perceptible. Raro, ¿no es verdad?

—No lo huelo. Supongo que mi vieja nariz no es tan buena como la suya.

—Raro... muy raro —caviló Fordney.

Advirtió la posición del cuerpo... de frente a la única puerta de la habitación. A unos tres metros por detrás del muerto había una sola ventana, cerrada y con tranca.

—Oh, ese perfume es delicioso —comentó el profesor olfateando el aire—. Bien, otro caso de estupidez criminal, sargento —agregó, palpando el brazo derecho de Carr—. No creo que Field haya hecho este trabajo.

Reynolds parecía perplejo.

¿Por qué creía eso el profesor?

EL DESCUBRIMIENTO DEL LECHERO



¡Dios! ¡El no había querido matar a Anita! Y si ella no hubiera insistido en que se casaran, si no lo hubiera amenazado... Con lentitud, abrió la ventana.

* * *

El profesor alzó los ojos del cuerpo contorsionado y quebrado, que yacía embutido en un pijama a unos treinta centímetros del frente del edificio de departamentos, y miró interrogativamente al lechero Horace Bone, quien había descubierto la tragedia a las 5:30 de esa mañana.

—¿Desde dónde telefoneó a la policía? —le preguntó.

—Desde el departamento del portero.

—¿Y después siguió repartiendo leche por todo el edificio?

—Sí. El portero permaneció junto al cadáver. ¿No fue correcto que hiciera eso?

Fordney alzó la mirada hasta el balcón del departamento de Anita Brownley, en el cuarto piso, y luego bajó los ojos hasta la

ventana del departamento de Cyril Morse, en el tercero, tras lo cual se dirigió al otro hombre.

–¿Visitó a su novia anoche ?

–No, no lo hice –respondió Morse.

–Sin embargo, usted dijo que permaneció toda la noche en su casa. ¿No es un poco...?

–Yo no la visité, pero Anita bajó un rato a mi departamento. Se marchó a las 11. No, no escuché nada durante la noche.

–¿Alguien tocó el cuerpo ? –preguntó Fordney a Bone.

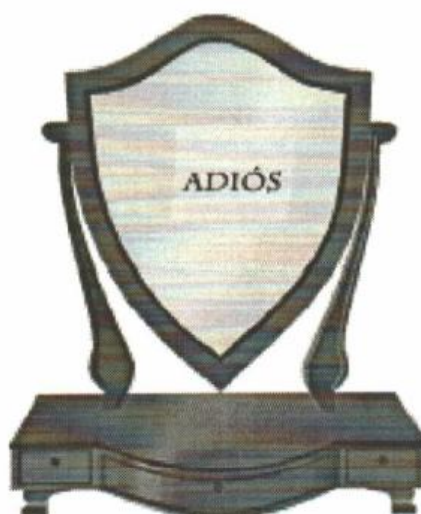
–No, señor.

El profesor salió por la ventana abierta de Anita al balcón de un metro veinte de ancho que había sobre las dos ventanas del departamento de un ambiente, rascó con la uña la baja baranda metálica, y miró el siguiente balcón, dos pisos más arriba, murmurando:

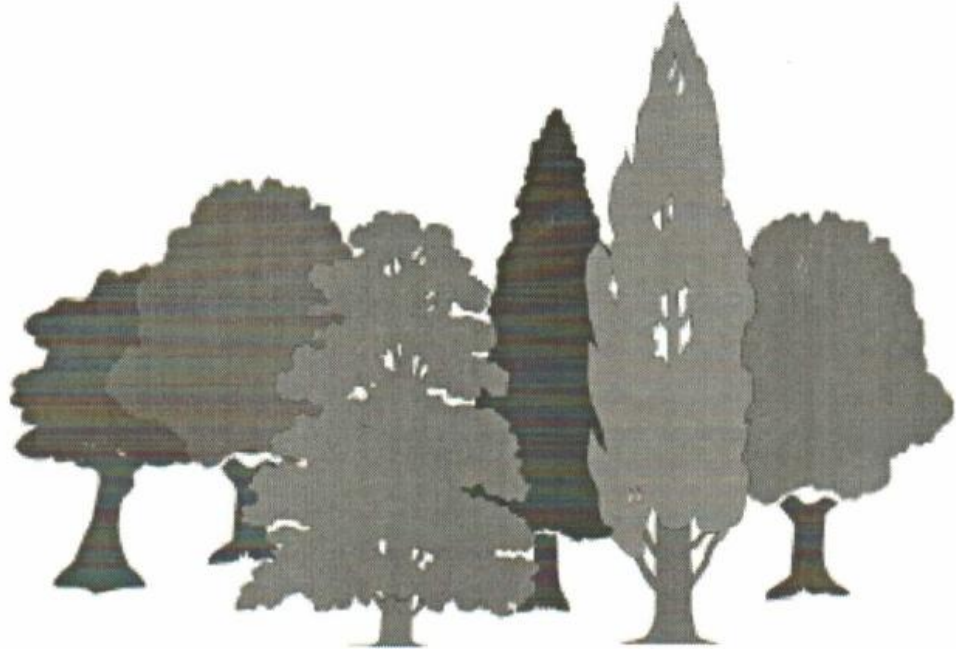
–Bien.

Volvió a la habitación. La palabra ADIOS, recortada de una revista, estaba pegada sobre el espejo del tocador. Fordney sabía, por supuesto, que Anita no había encontrado la muerte en su propio departamento... y eso significaba asesinato.

¿Qué le había dado a Fordney la clave de que Anita no había saltado ni había caído de su departamento?



¿QUIEN SOY?



En un bosquecillo situado a cien metros de la aislada ruta, el profesor Fordney examinó los cadáveres de dos muchachas. Ambas tenían alrededor de veintisiete años, estaban bien vestidas y eran extremadamente atractivas. Tenían las ropas desgarradas y era obvio que había habido una terrible lucha. Cada una de las jóvenes tenía una única bala en la cabeza, disparada desde poca distancia.

A una milla de distancia, encontraron a otra muchacha de la misma edad, vagando perturbada, en estado de shock y aquejada de amnesia. Hablaba histéricamente con acento británico.

Se encontró un auto abandonado en una zanja junto al camino. El examen del equipaje reveló a Fordney que había sido utilizado por las tres jóvenes.

Una revisión diligente de las pertenencias de las muchachas

proporcionó escasa información.

Las jóvenes eran Louise Holden, Sara Worth y Marie Rochelle. Todas ellas eran maestras en Londres, y una de ellas, quien aparentemente había pasado dos años en Calcuta, era experta en danzas hindúes. Estaban en Estados Unidos de vacaciones, pero evidentemente tenían intención de quedarse si era posible.

La otra información pertinente proporcionada por el equipaje fue la siguiente:

1. Sandra Worth y la bailarina hindú habían convenido quedarse en Estados Unidos solamente si conseguían un cargo docente en la misma escuela.

2. Louise Holden y la sobreviviente, que padecía de amnesia, habían enseñado en Londres durante cinco años, en tanto la bailarina hindú acababa de terminar su primer año de enseñanza en Inglaterra.

En posesión de esta información, Fordney determinó rápidamente la identidad de la muchacha sobreviviente.

¿Quién es la sobreviviente?



EL LLAMADO DE LA DESTRUCCION



—¡A la salud del viejo y sentimental Cecil! —rió Inez Watson, alzando su copa—. Si supiera que estoy aquí...

Sonó el timbre de la puerta.

—Es sólo el muchacho del almacén —la tranquilizó Norton.

El alarmado Norton abrió la puerta a Cecil Watson, quien le apuntó con un arma. En el living de Norton, Watson encendió la radio, guardó su propio revólver, tomó el de Norton del escritorio y sin una palabra disparó una bala al corazón de Inez.

Después obligó a Norton a mecanografiar y firmar la siguiente nota:

Inez se negó a ser infiel a Cecil, de modo que la maté. Ahora voy a matarme yo.

REX NORTON

¡Ah! ¡Eso era cubrirse!

Disparó una bala contra la cabeza de Norton. Watson estaba

absolutamente tranquilo... o eso pensó.

—No sacarse los guantes —masculló—. Levantar la persiana. Así. Apagar la radio. Ahora imprimir las huellas de Norton en su propia arma. Así. Me vendría bien un trago, pero... no... inada de errores ahora!

Se dirigió hacia la puerta, apagó las luces y salió.

* * *

Antes de que la policía entrara a la casa, Watson explicó a Fordney:

—Vine aquí a matarlos a los dos. Sabía que Inez estaba aquí. Espié por la persiana y con gran sorpresa vi que Norton le disparaba, escribía algo en su máquina de escribir y después se volaba la tapa de los sesos. Llamé a la jefatura y esperé afuera.

El profesor encendió las luces y durante cinco minutos se movió por la habitación “absorbiendo la escena” en silencio.

Entregó la nota a Watson.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Watson—. ¡Ella no era infiel! Inez, querida, yo...

—Arreste a este asesino hipócrita, sargento —ladró Fordney.

¿Qué inspiró la orden de Fordney?



UNA MUERTE SIN ARTE



Fordney observó la casa mientras permanecía en el borde exterior del ancho cantero. En el interior del cantero se veían las marcas de dos escaleras. Entre ellas y la casa yacía el cuerpo retorcido de Henri Buton.

Cuando el profesor alzó la vista a la ventana, vio a una mujer de chaqueta verde que cerraba furtivamente un postigo.

Tras inspeccionar la alta escalera que había sido colocada entre unos arbustos, a unos seis metros de distancia, el criminólogo entró a la casa, echó un vistazo a la sala y se dirigió a la terraza.

—Yo estaba bocetando aquí —dijo la artista Arvonne Buton, vestida con un pulóver blanco, mientras señalaba su atril—, mientras que Henri, que es mi tío, y Alexis Randoff, mi novio, se dedicaban a pintar los muebles, a reacomodar los tiestos y a construir aquella glorieta que está allá.

Fordney examinó con interés la glorieta a medio hacer, mien-

tras Arvonne proseguía:

–Henri me llamó diciendo que necesitaban más clavos y listones y empezó a bajar de la escalera. De pronto perdió el equilibrio, lanzó un grito terrible... y... y... cayó.

–Si no se hubiera roto el cuello sobre esa roca del borde tal vez no se hubiera herido seriamente –agregó Randoff.

–¿Cómo sabe que se rompió el cuello? –preguntó el profesor.

–Bien... me... me di cuenta cuando... cuando traté de auxiliarlo.

–¿Perturbó el cuerpo de alguna manera?

–No.

–¿Lo tocó usted?

–No... no, no pude –sollozó Arvonne.

–La escalera... ¿por qué la cambió de lugar?

–La empujé y la hice caer cuando fui a ayudar a Henry, así que la saqué del medio –explicó Randoff.

El profesor observó un raspón reciente en el rostro de Arvonne y dijo:

–La muerte de Buton no fue un accidente. Los dos están arrestados.

¿Cómo supo Fordney que la muerte de Buton no fue accidental?



EL INCIDENTE DE LAS CUATRO RATERAS



—¿Recuerda a esa banda de rateras que estoy persiguiendo desde hace algún tiempo? —preguntó la joven, lista y atractiva policía Molly O'Brien.

El profesor Fordney, apoltronado en un mullido sillón del otro lado de la chimenea, asintió.

Molly continuó:

—Bien, tengo a la banda a punto, pero parece que no puedo distinguirlas bien. ¿Me dará una mano, profesor?

—Por cierto, querida.

—Las cuatro muchachas que forman esta banda —prosiguió Molly—, son Myrna Sarni, Dixie Call, Peggy Lomax y Kate Nash. Esto es lo que sé de ellas:

1. La jefa entrenó personalmente a la ratera y a la campana.

La cuarta actúa como respaldo de ambas.

2. Hace diez días, la ratera convenció a la jefa de que admitiera a Peggy Lomax en la banda. Peggy Lomax era bailarina de un tugurio.

3. La muchacha que lidera la banda es extremadamente lista. Cuando localiza un lugar, siempre pasa por teléfono el plan de operaciones a Myrna Sarni, y Myrna transmite los detalles a la campana. La campana debe entonces volver a comunicar el plan a la jefa con todo detalle.

4. Kate Nash y la jefa son zurdas.

5. La semana pasada Peggy Lomax vio a la ratera y a la campana hacerse de un fajo de 800 dólares. Peggy se lo informó a la jefa, quien insistió en que el dinero debía dividirse entre cuatro.

—Y eso —concluyó Molly O'Brien—, es todo lo que sé. Lo que no sé, profesor es... quién es la jefa de la banda, la ratera y la campana. ¿Tiene alguna idea?

Fordney soltó una risita y le entregó una hoja en la que figuraban el nombre de la ratera y de la campana.

¿Quién es la jefa? ¿La ratera? ¿La campana?



UN ARMA APUNTANDO AL CANTINERO

Aunque sólo una bala había atravesado la cabeza del muerto, había tres orificios de bala en la pared manchada de sangre, por encima del zócalo.

Se había disparado una bala del revólver situado cerca de la mano de Ed Madden.

—¿Quién es el fiambre y qué ocurrió? —preguntó el inspector Kelley.

—Es Ed Madden, un ex-pugilista —replicó el cantinero Tex Ferrel—. Vino aquí alrededor de las 11 y decidido a emborracharse. Me negué a servirle nada después de las 12, pero para entonces ya tenía una botella adentro. Dijo que alguien vendría a buscarlo a la 1:15. Yo sabía que era un mal actor, de modo que lo dejé solo. Todos los demás se habían marchado y pensé que él se había dormido. Yo estaba detrás del mostrador cuando miré por el espejo y lo vi de pie junto a la pared, con una silla frente a él, apuntándome con un arma. Disparó cuando yo alcanzaba mi revólver. Giré y disparé tres veces... el último tiro le dio. No, no toqué nada.

El profesor, que había oído el relato de Ferrel, enderezó la silla caída cerca de Madden, quien medía más de un metro ochenta y cinco, rodeó el mostrador y permaneció junto a la caja registradora. En un espejo, a la izquierda, había un agujero de bala.

—¿Dónde guardaba usted su arma? —preguntó.

—En un estante, a la derecha de la registradora.

El criminólogo examinó la automática de Ferrel, de donde se habían hecho tres disparos. Señaló en dirección a la silla, ahora levantada.

Kelley asintió.

—¿Defensa propia, eh? ¡Usted asesinó deliberadamente a ese borracho, Ferrel! ¡Está detenido!

¿Como supieron Fordney y Kelley que el relato de Ferrel era mentira y que éste había asesinado deliberadamente a Madden?

EDUCACION PARA LA MUERTE



–Para ser un tipo educado desconoces muchas respuestas. ¿Cuál es el problema ahora, querido? Mejor que se lo digas a mamá... ella te sacará de apuros como siempre.

–¡Cállate! ¡Y vete! –le espetó Floyd Dexter–. Luigi Marinelli. ¡Está por llegar Luigi Marinelli, eso es todo!

–Muy bien... me iré con viento fresco... ¡pero regresaré! ¡No pretenderás deshacerte de la pequeña Mame!

La bonita muchacha se marchó del departamento.

* * *

Cuando el profesor se incorporó tras examinar el cadáver de Floyd Dexter, que yacía debajo de un espejo de pared con un agujero rodeado de pólvora en la sien izquierda, el inspector Kelley señaló un periódico que había sobre la mesa. Fordney leyó el titular:

PLAYBOY MILLONARIO ASESINADO HOY AL SALIR
DEL TEATRO DESPUES DE LA MATINEÉ

—¿Me pregunto si tendrá alguna relación con esto? —dijo Kelley, metiéndose una pastilla en la boca—. ¡Habla ahora, tú!

Eran las 7:22 p.m.

—Salí del departamento de Floyd esta tarde a la 1.30, cuando me dijo que vendría Luigi Marinelli.

Regresé a las 7 y lo encontré muerto. No, no toqué nada —la voz de Mame se quebró—. El pobre desgraciado no entendía que en esta ciudad juegan pesado.

* * *

—Seguro que mis huellas están en ese periódico. Yo lo llevé al departamento de Dexter cuando fui a cobrarle una pequeña deuda que tenía conmigo, con el nightclub. Aquí está... —Marinelli les mostró un cheque de ese día por U\$S 1.150 dólares.

—¿A qué hora se fue? —preguntó Fordney, examinando el cheque.

—A las 3:30. ¿Por qué?

El profesor miró a Mame; Kelley observó la automática de calibre 32 que habían encontrado cerca del cuerpo. Una silla cayó para atrás. Alguien gritó.

¿Quién fue arrestado por el asesinato de Dexter? ¿Qué fue lo que dio la clave de su culpabilidad?



LA TORRE ABANDONADA



El profesor Fordney sólo encontró polvo y hojas secas en la escalera de caracol que conducía a la cima de la abandonada torre de observación. Abrió la puerta que daba al balcón, que no estaba asegurada, y salió. Treinta y cinco metros más abajo, el sheriff Hamilton estaba arrodillado junto al cuerpo destrozado de un hombre. Tras recorrer todo el balcón, Fordney descendió rápidamente, olfateando el aire rancio de la torre.

—Lo encontramos por pura suerte en este lugar tan aislado —comentó Hamilton cuando llegó el profesor—. Muy poca gente viene por aquí en ésta época del año. No ha estado aquí mucho tiempo... el suelo está empapado debajo de él.

A juzgar por el aspecto de sus zapatos, cubiertos de barro, el hombre había caminado cierta distancia. En sus ropas de buena calidad no había etiqueta alguna, y tenía los bolsillos vacíos.

—Su primer trabajo, sheriff, será identificarlo —dijo Fordney, dando por terminada la investigación—. Advertirá que la espalda de su abrigo no está demasiado húmeda.

— Eso veo. Me pregunto cómo supo de esta vieja torre, es extranjero en esta zona. Bien, vino al lugar adecuado. Es el único sitio de por aquí, desde donde uno puede saltar y con la seguridad de que hará un buen trabajo.

—Su deducción es lógica, sheriff, pero él no cometió suicidio —dijo Fordney, volviendo a poner el cuerpo de bruces.

¿ Cómo lo supo ?

FORDNEY AYUDA AL SARGENTO REYNOLDS

El sargento Reynolds estaba contrariado. Estaba seguro que la detenida Nellie Franklin sabía más de lo que admitía acerca del asesinato de su amante.

Le había dicho que, como era completamente sorda del oído izquierdo, no había oído el ruido que hizo al caer el cuerpo de Barney Eyster, a pesar que ambos se encontraban en la misma habitación. La señorita Franklin dijo que estaba escribiendo una carta, mientras Barney se encontraba a unos cinco metros de ella, de pie, mirando por la ventana. Cuando la mujer se dio vuelta para hacerle una pregunta, lo vio caído, y de su cabeza manaba sangre. Atribuía el hecho de no haber oído nada a la posibilidad de que se hubiera utilizado un arma con silenciador, disparado a través de la ventana.

—Sí —dijo—, con el oído derecho oigo tan bien como cualquiera.

La corazonada de Reynolds era tan fuerte que fue a pedir consejo al profesor Fordney, quien lo recibió amablemente.

—¿Qué lo trae por aquí a esta hora? —preguntó el profesor.

—Sólo una corazonada, profesor —dijo Reynolds, y le explicó el caso.

—Bien, una corazonada tiene tantas posibilidades de acertar como de ser errónea. Sin embargo, es simple determinar si Nellie está diciendo la verdad acerca de su sordera.

Al cabo de una pausa, continuó:

—Iré con usted y le diremos simultáneamente, en ambos oídos, dos oraciones diferentes de igual extensión. Si no puede repetir ninguna de las dos, sabremos que no es sorda del oído izquierdo.

Reynolds se quedó perplejo.

¿A qué se refería el profesor?

EL CASO 194



Rudolf Mayer entró tambaleándose a la comisaría de la pequeña aldea de Monroe, se sacudió el agua de las ropas y se desplomó. Se llamó a un médico local, quien hizo volver en sí a Mayer. Este contó la siguiente historia:

—Mi esposa y yo, aficionados a los deportes de invierno, nos registramos en el Fox Head esta tarde... he pasado aquí varias vacaciones. Poco antes del atardecer decidimos ir a patinar al lago Howard. Habremos estado allí unos veinte minutos, me parece, cuando mi esposa, que se encontraba a unos diez metros delante de mí, súbitamente cayó al agua a través de un gran agujero. Alguien debe haber estado cortando hielo. Frené, me quité los patines y salté tras ella. Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, no pude encontrarla. Apenas si pude salir, y cuando grité, al ver que nadie acudía, vine hasta aquí de alguna manera. Creo que es alrededor de media milla, y creí que no llegaría. ¡Por Dios, envíen a alguien hasta allí!

El hombre volvió a desmayarse, pero recobró la conciencia al cabo de pocos minutos, mascullando incoherentemente algo acerca de patines.

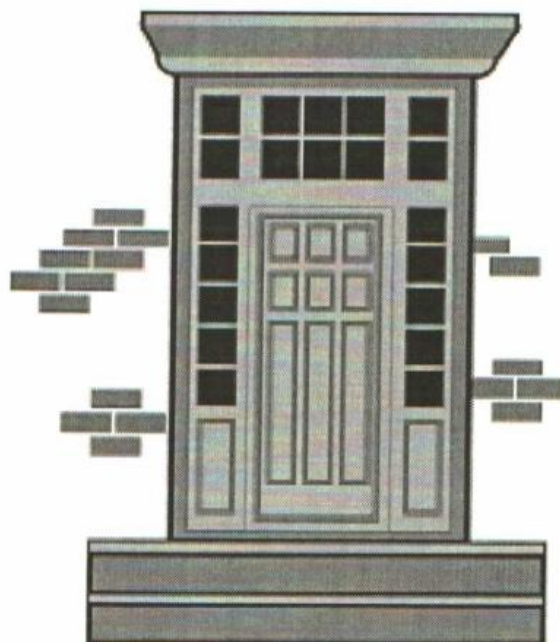
Con una temperatura de diez grados bajo cero se despacharon dos alguaciles hasta la escena del accidente, quienes volvieron con los patines de Mayer, tras haber descubierto un gran agujero en el sitio en que una empresa local había estado cortando el hielo. Al verlos, Mayer volvió a desmayarse.

El profesor Fordney dejó de leer el artículo del periódico. —Sin duda Mayer está mintiendo—, dijo para sí.

¿Cómo lo supo?



ACUSAN AL PROFESOR



Durante el segundo día de sus vacaciones en el Blue Cow Inn, en Yorkshire, Inglaterra, el profesor Fordney se enteró por el propietario que un viejo conocido vivía en las cercanías. Tras recibir indicaciones, partió a hacer una visita a la mañana temprano.

Sus llamados en la puerta del frente y en la trasera no produjeron ninguna respuesta. Estaba a punto de marcharse cuando la señora Halstead, el ama de llaves, se acercó a la casa. Tras presentarse con cierta dificultad, ya que la señora Halstead parecía tener problemas auditivos, dijo que posiblemente algo anduviera mal. La mujer abrió la puerta con una llave que extrajo de un voluminoso bolsillo y subió al dormitorio de su patrón, mientras Fordney abrió una puerta de la planta baja y encontró muerto a George Docker.

El profesor volvió a cerrar la puerta con suavidad, y sin hacer ruido se dedicó a buscar posibles indicios.

–¿Movi6 algo al encontrar muerto al se6or Docker? –pregunt6 el forense Hittingdon, con tono de disculpa, ya que conocía la reputaci6n del crimin6logo.

–Tan s6lo cerr6 con llave la puerta de la biblioteca... tenía la llave puesta, para asegurarme... –respondió el profesor Fordney.

–Eso no es cierto, Su Excelencia –interrumpió la se6ora Hals-tead. Cuando yo baj6, este hombre andaba por la habitaci6n, despu6s sali6, cerr6 la puerta con llave y se neg6 a dejarme entrar. ¡Dijo que debía llamar a la policía! ¡Bah! ¡Sin duda liquid6 al pa-tr6n!

El forense le hizo varias preguntas a los gritos, y la mujer lo irrit6 contestándole “¿Qu6?” cada vez.

–¡Ser6 sorda pero no tonta! –dijo la formidable ama de llaves-. El mat6 al patr6n... ¡y se dice detective!

Fordney sonri6.

–Se6or forense, ser6 mejor que insista para que ella le diga la verdad.

¿A qu6 se refería Fordney?



SIRVASE



–Bien, Joe, ¿cómo están los queridos novatos de la Universidad? –preguntó el inspector Kelley, llenando su copa del botellón del profesor y apoltronándose en un sillón ante el fuego.

Fordney lanzó una risita burlona. Tres de los mejores hombres del inspector eran graduados de su clase de criminología.

–Tome –respondió el profesor–, esto es una copia del informe de un ex-alumno, Jack Hurley, que trabaja ahora en el Bureau de Boston. Vea qué puede hacer con él.

Kelley soltó una carcajada burlona mientras leía:

Los cuatro integrantes de esta banda de traficantes son: Elsie Byrd, Bat Harmon, Gil Tolden y Maxine Jarsoca. Uno de ellos ha sido recientemente liberado de la cárcel. Dos son norteamericanos, dos son extranjeros.

1. Tres días atrás, el jefe de la banda oyó a Maxine Jarsoca y al testaferro de la banda discutiendo la división de los beneficios.

2. El jefe le dijo a Elsie Byrd que se había enamorado de la hermana de Maxine.

3. Tolden y el testaferro, junto con el miembro que acababa de salir de la cárcel sufrieron recientemente un accidente automovilístico.

4. Arrestamos a Maxine y a su amante en el escondite de la banda. Atrapamos a los otros dos cuando estaban por abordar un tren que iba al este.

5. Otro hecho interesante es que el jefe, el testaferro y Bat Harmon son rubios.

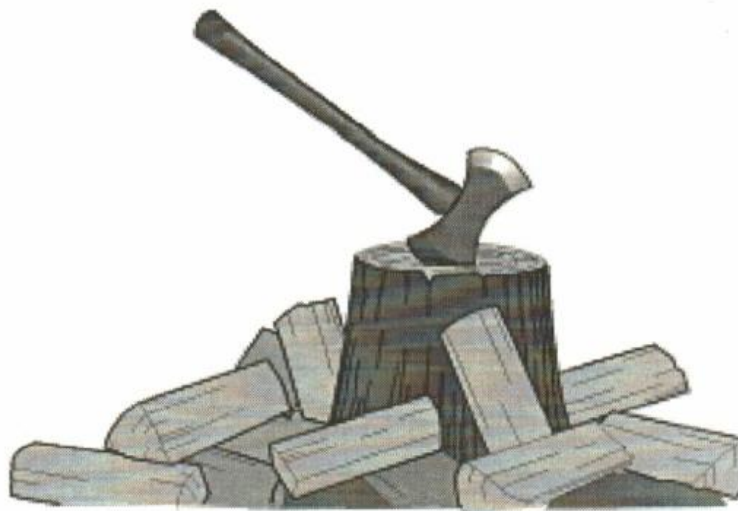
—Esto —bramó Kelley—, es la peor cantidad de tonterías que he visto en mi vida. Despediría a cualquier hombre que hubiera escrito semejante cosa. Bien... no se quede allí sentado como un búho... ¿Quién es el jefe de esta necia banda de traficantes de drogas que cualquier agente hubiera atrapado descansando entre turnos?

El profesor rió con ganas mientras informaba a su amigo.

¿Quién es el jefe, quién el testaferro?



UNA MENTIRA EXPUESTA



El cadáver está debajo de la pila de leña, pero recuerde... debe dejarme fuera de esto –gimió Stig Carona, lanzando una mirada de soslayo al profesor Fordney y al inspector Kelley.

Resollando a través de una nariz que la poco generosa naturaleza había colocado en un ángulo poco favorecedor, y humedeciéndose los labios sesgados, Stig hizo girar entre sus dedos nerviosos su gorra engrasada.

Una hora más tarde, los tres hombres bajaron de un auto policial y caminaron hasta un matorral de arbustos en los bosques Wilson.

–Bill y Jack peleaban delante de aquel cobertizo –explicó Stig, señalando hacia un claro–, Jack le dio un par de veces en la cabeza. Después arrastró el cuerpo hasta el cobertizo y caminó hacia aquí. Yo sabía que, si me encontraba, me daría el mismo tratamiento que a Bill, de modo que me escurrí hasta el camino, salté a mi auto y fui a buscar a los polis.

Fordney observó manchas de sangre en el cobertizo a un metro del suelo, que parecían apoyar la historia de Stig. Unos leños manchados de oscuro estaban desparramados cerca del bloque de hachar.

Abriendo la puerta del cobertizo, el profesor estaba a punto de entrar cuando Kelley lo llamó desde afuera:

–El cadáver está debajo de la pila de leña. ¡Dios, qué espectáculo!

Pero en ese momento la atención de Fordney no estaba centrada en el cuerpo sino en un hacha brillante, limpia, apoyada contra un rincón del cobertizo. Alzándola del gastado mango, el profesor la llevó afuera. Ante las suaves palabras de Fordney, Stig giró con mirada de alarma.

–A menos que –dijo Fordney– quiera que lo arrestemos inmediatamente por asesinato, nos dirá la verdad acerca de este crimen.

¿Cómo supo Fordney que el relato de Stig no era cierto?



LA RED DEL SUBMUNDO

Veinte minutos después de que el Sr. Stanton informó que Burg, su vigilante privado, había ahuyentado a un merodeador, el profesor Fordney estaba examinando la parte del muro de piedra de dos metros que rodeaba la propiedad suburbana del millonario por donde, según Burg, el hombre había trepado y saltado. Eran evidentes unas marcas recién hechas.

Pidiendo una escalera, trepó hasta arriba y, tras varios minutos de examen, se dejó caer pesadamente sobre la nueva ruta de cemento, todavía no habilitada. Caminó cincuenta metros hacia el norte y hacia el sur, esperando encontrar algún indicio, alguna huella que confirmara el relato del vigilante.

Al no hallar nada, volvió a la casa donde habló con Stanton; éste le dijo que había recibido dos cartas amenazantes y, aunque no había informado a las autoridades, había contratado un vigilante privado.

—He averiguado algo acerca del asunto Stanton —dijo el inspector Kelley a Fordney el día siguiente—. Algunos de mis espías se enteraron, a través de la red del submundo, de que Jack McCawley estuvo merodeando por la propiedad de Stanton ayer, de que cuando el vigilante lo ahuyentó él trepó el muro, se rompió la nariz cuando cayó a la ruta y escapó en un auto que había dejado oculto en un sendero situado a unos cien metros de allí. He mandado allanar todos sus escondrijos habituales, pero no he podido encontrarlo. Y, a propósito —continuó Kelley, respirando hondo—, creo que esta vez nosotros hemos hecho más por resolver el caso que usted. ¿Qué sabe de este caso?

—No mucho, salvo que sus espías están mintiendo, o el vigilante de Stanton miente —respondió Fordney.

¿Por qué pensaba eso Fordney?



EL CUMPLEAÑOS DE RUTH



Una multitud de pequeños accidentes había demorado a Ruth Mundy. La batería de su auto se había descargado y tuvo que llamar un taxi, y extravió la llave de la caja fuerte. Justo cuando llegó el taxi la localizó. Apresuradamente extrajo del cajón dos billetes de veinte dólares, uno viejo y ajado, el otro crujiente y nuevo, y los arrojó descuidadamente en su cartera. En su prisa, la botella de perfume que estaba sobre el tocador se cayó, derramándose sobre su hermosa cartera de soirée. Si esto seguía así, llegaría tarde a su fiesta de cumpleaños. Ahora, ¿dónde estaba ese libro que debía devolver? ¡Estaba segura de que lo había puesto en el tocador! Finalmente lo localizó debajo del acolchado, lo tomó y se fue corriendo.

Una vez en el taxi, abrió la cartera y tanteó buscando sus cosméticos. Se abrió el cierre de la canopla que los contenía y metió el dedo dentro del rouge en pasta. ¡Otro accidente! Bien, por lo menos no había manchado nada, eso era una suerte. Quitando con un pañuelo todos los pedazos de rouge, lo arrojó.

Al llegar al Hotel Mayflower, entregó un billete al chofer. Mientras ella esperaba el cambio, el profesor Fordney se bajó de su auto y la saludó, diciéndole:

–Hola, Ruth.

Tras devolver el saludo, Ruth se dirigió al chofer:

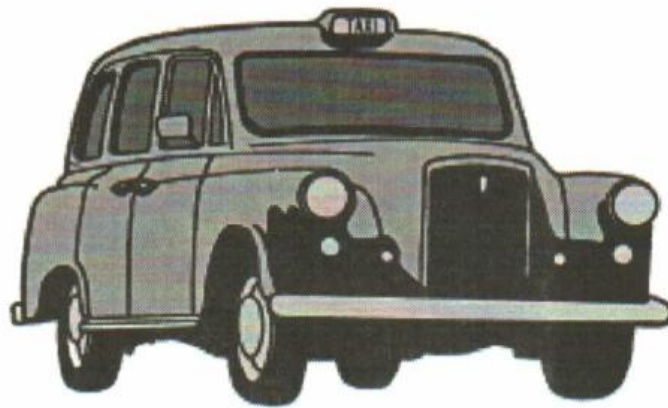
–Se ha equivocado. Me da vuelto de cinco dólares. Yo le di un billete de veinte.

–¡Oh, no, señora! Me dio cinco dólares.

Fordney escuchó divertido mientras Ruth, con excitación, le demostraba al conductor que le había dado un billete de veinte dólares.

–¿Qué tal estuvo eso, profesor? –dijo Ruth al profesor riéndose.

¿Cómo hizo Ruth para demostrar que lo que decía era verdad?



COARTADA

El profesor estaba expansivo.

—A menudo he observado —dijo a sus invitados—, que es extremadamente difícil fingir una coartada sin ayuda. El reciente caso Werner, ocurrido en Chicago, es un buen ejemplo.

Encendió un cigarro y continuó:

—Yo no sospechaba en absoluto de Werner cuando me tropecé con él en la avenida Michigan, la mañana después de que hubieran encontrado asesinado a uno de sus amigos. Cuando le pregunté de manera casual dónde había estado entre las 4 y las 6 de la tarde anterior, me hizo el siguiente relato:

“Era una tarde tan gloriosa que alrededor de las 2 salí a navegar. Cuando estaba a unas ocho millas de la costa —eran alrededor de las 5:30—, el viento cesó por completo. No había ni una brisa. A la deriva, recordé que la señal de auxilio internacional es enarbolarse una bandera invertida, de modo que icé la mía hasta el tope de esa manera, y esperé varado en esa calma chicha.

“Poco después de las 6, el carguero Luella se acercó a mí y yo subí a bordo, después de enganchar mi barco con un cabo de remolque. El piloto del Luella me dijo que había visto mi señal de auxilio a unas tres millas de distancia. Me dejaron en la costa, en el muelle de Harvey, y un auto que pasaba me trajo a la ciudad. ¡Imagine mi sorpresa cuando leí en el periódico de la mañana que el Luella había naufragado anoche en una tormenta, y que todos los tripulantes se habían ahogado!”

El profesor tomó un trago de vino y continuó:

—Aunque era verdad que el Luella se había hundido y que toda la tripulación había perecido, inmediatamente arresté a Werner para seguir interrogándolo. Supe que su coartada era fingida.

¿Cómo lo supo el profesor?

RECIBIO SU MERECIDO



El apuesto Willie Montford silbó una alegre tonada mientras se arreglaba la corbata ante el espejo. Detrás de él, la puerta de su departamento se abrió silenciosamente.

Willie quedó paralizado por el pánico. Por el espejo vio a una muchacha. Tenía un arma en la mano. La muchacha disparó. El apuesto Willie Montford cayó al suelo, muerto.

—Probablemente haya sido el mejor amigo de Willie —dijo Joe Gulino al profesor Fordney—, pero Willie era el tipo más reservado que conocí en mi vida, de modo que no sé mucho de él. Vivía de las mujeres... pero supongo que usted sabe eso. Todo lo que yo sé es que tenía en danza a tres damas del bajo mundo: Dottie Kinble, Elsie Drake y Connie Laird. Las enfrentaba. Cuando le dije que era peligroso, tan sólo se rió y dijo que el podía manejarlas. Parece que una de ellas se encargó de él.

Fordney y el teniente Bill Jopke se dedicaron a investigar el bajo mundo. Descubrieron que una de las muchachas y Willie Montford regenteaban un tugurio de juego. Además, Elsie Drake se había enterado recientemente de eso, y le había dicho a Montford que su socia era drogadicta.

Otras investigaciones revelaron lo siguiente:

1. El esposo de Connie Laird era el hermano del hombre que estaba casado con la mujer que mató a Montford.

2. La bella muchacha que regenteaba el tugurio de juego junto con Montford nunca se había casado. A pesar de que había desdenado a todos los otros, le había rogado a Montford que se casara con ella.

No era mucho, pero el criminólogo estudió la información y supo cuál de las tres mujeres había matado al apuesto Willie Montford.

¿Lo sabe usted?



EL ASESINATO DE LA EX-ESPOSA.

—¿Quién le disparó? —gritó Rogers cuando entró corriendo al hospital tres minutos después de que su ex-esposa muriera a consecuencia de un balazo en la cabeza.

—Un minuto —dijo el profesor Fordney—. Me gustaría hacerle preguntas... por rutina, como se imaginará. Aunque se habían divorciado hace seis meses, usted estuvo viviendo en la misma casa con su ex-esposa, ¿verdad?

—Así es.

—¿Tuvieron algún problema recientemente?

—Bien... ayer cuando le dije que haría un viaje de negocios, ella amenazó con suicidarse. En realidad, le arrebaté de la mano una botella de iodina cuando estaba a punto de beberla. Sin embargo, cuando salí ayer a las siete de la tarde, diciéndole que pasaría la noche con unos amigos en Sewickley, ella no puso ninguna objeción. Al regresar a la ciudad esta tarde —continuó Rogers—, llamé a casa y me atendió la criada.

—¿Y qué le dijo exactamente?

—“Oh, señor Rogers, hace una media hora que llevaron a la pobre señora al hospital St. Anne. ¡Por favor, vaya rápido!” La mujer estaba llorando, de modo que no logré que me dijera nada más, así que me apresuré a venir. ¿Dónde está ella?

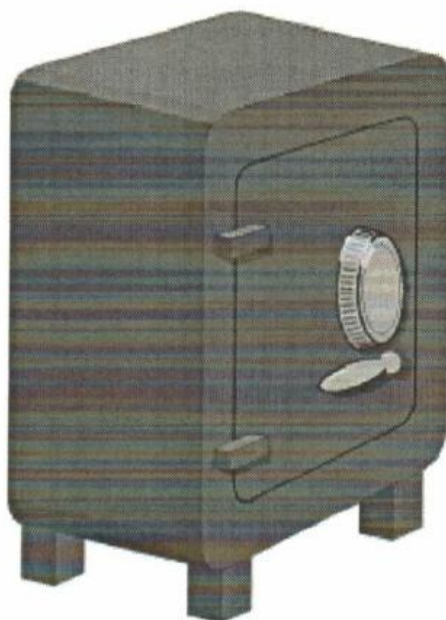
—La enfermera le indicará —respondió el profesor.

—Un caso extraño éste, Joe —dijo el inspector Kelley, quien había escuchado la conversación—. ¡Esta gente moderna es demasiado para mí! ¡Un hombre y una mujer que viven juntos después de estar divorciados desde hace seis meses!

—Un caso extraño, sin duda, Jim —suspiró Fordney—. Será mejor que arreste a Rogers. Si no la mató él, estoy seguro de que sabe quién lo hizo.

¿Por qué el profesor dijo al inspector que detuviera a Rogers?

LA SUERTE MANDA



Aunque había caído desde el segundo piso hasta el sótano, la vieja caja fuerte aterrizó prácticamente en posición vertical. El incendio de la noche anterior había destruido parte de la antigua casa, condenando a una horrible muerte al desdichado y viejo Jonathan Aiken y a su perro. El nieto de Jonathan, Tom Drewery, llegó desde Filadelfia a casa a las 11:30 p.m., justo cuando se logró controlar el incendio.

El profesor se sorprendió al descubrir que las prolijas pilas de estampillas sueltas, colocadas en el piso de la caja fuerte, tenían un valor de nada más que U\$S 8.000, ya que todo el mundo suponía que la colección del rico filatelista valía por lo menos U\$S 125.000. También era de público conocimiento la manía de Aiken de conservar sus estampillas más valiosas sueltas y no en álbum.

“No puedo estar suficientemente cerca de mis pequeñas preciosas si están en un libro”, solía decir el filatelista con frecuencia.

Drewery mostró la solemnidad y la reserva que correspondía a la ocasión cuando Fordney lo interrogó. Ese canalla había hecho un buen trabajo y él nunca hablaría. ¡Tenía las estampillas... y la fortuna del viejo! ¡Adelante con las preguntas!

—¿La caja fuerte fue abierta antes de nuestra llegada? —preguntó el profesor.

—No —replicó Drewery—. Nadie la tocó... y la vigilé toda la noche. Me quedé sentado en el living.

Fordney recorrió con la mirada el meticuloso atuendo del joven.

Drewery rió.

—¡Oh, me bañé y me cambié la ropa! —dijo.

—Ya veo —murmuró el criminólogo, advirtiéndole que el hombre no se había afeitado—. Por ahora se lo acusará de robo. ¡Más tarde sin duda se le acusará también de incendio premeditado y asesinato!

Un solo detalle demostró que la caja fuerte había sido saqueada después de su caída. ¿Cuál es?



EL CASO DE LA VICTIMA ZURDA

El profesor Fordney quitó tres hebras de tabaco del caño del revólver, insertó en él un punzón y murmuró para sí. Rápidamente abrió el arma.

El cilindro contenía cuatro cartuchos de calibre 38 y dos cápsulas servidas. Observó que había sido disparado recientemente. Los anillos de gas que rodeaban las cámaras de las cápsulas servidas le llamaron la atención. Por lo demás, el revólver estaba limpio... extremadamente limpio.

—Me pregunto... —caviló.

Tom Gilmore, un actorzuelo de películas del Oeste, había sido asesinado a las 9 p.m. en la cabaña de la playa de la estrella cinematográfica Warren Warwick. La única testigo, aparte de Warwick, era la estrellita Anita Duval, quien desde hacía un año había estado casada en secreto con Gilmore, aunque vivían separados. Anita dijo que había ido a la cabaña de Warwick para discutir su rol en una próxima producción. Una hora más tarde Gilmore, que estaba borracho, se abrió paso por la fuerza, extrajo un revólver del bolsillo (el que Fordney estaba examinando) y sin una palabra disparó dos veces contra Warwick. Las balas entraron en la pared, detrás de la cabeza de la actriz. Cuando Gilmore estaba por disparar por tercera vez, Warwick hizo fuego en defensa propia, e inmediatamente notificó a la policía.

Todo corroboraba la versión que Warwick daba de la tragedia. Dijo que no se había tocado nada hasta la llegada de la policía.

Las balas incrustadas en la pared y ambas armas habían sido manejadas con cuidado por la policía, y habían sido enviadas a Fordney junto con una nota donde se le avisaba que Gilmore era zurdo y que había perdido el meñique de la mano izquierda.

Cuando los exámenes revelaron que las balas extraídas de la pared de la casa de Warwick habían sido disparadas por el revólver de Gilmore, el criminólogo pidió el arresto de Warwick y de Anita. Ambos mentían.

¿Cómo lo supo Fordney?

NUEVO DE TAN VIEJO



–¡Escuchen, muchachos! –dijo el hombre con voz excitada. Luego leyó de una vieja historia de la Agencia Pinkerton.

–¡Qué treta! ¡Qué treta! Este ardid de la maleta es nuevo de tan viejo que es. ¡Pongámoslo en acción!

–A mí me suena muy bien –acordó Ojos Saltones.

–¡Apesta! –fue el sutil comentario de Gatillo Viejo.

–Lo intentaremos –anunció Dos Cuartos.

* * *

El ganadero Jim Bragan frenó de golpe su auto. ¡No podía dejar esa maleta nueva ahí tirada en la ruta! Descendió del auto y retrocedió.

Una hora más tarde, otro automovilista lo encontró inconsciente en una zanja, donde lo habían arrojado tras despojarlo de 18.000 dólares.

A partir de la información proporcionada al sheriff Waters por Tad Moran, el dueño de un campamento para turistas, en

una de cuyas cabañas se alojaban cinco hombre sospechosos fueron arrestados: Al Munson, Fred Taggert, Skip Crocker, Monk Ward y Joe Hudson.

Por Moran y por otros vecinos, Waters y Fordney consiguieron algunas informaciones interesantes.

1. Uno de los cinco hombres alquiló una cabaña para la banda después de discutir con Crocker y Taggert, quienes eran estrictamente de la ciudad.

2. El compañero del que alquiló la cabaña fue quien leyó la treta de la valija. Después de algunas discusiones, ellos dos persuadieron a los dos bandidos que asaltaron a Bragan de que lo intentaran.

3. Hudson recomendó a los bandidos que no lo hicieran.

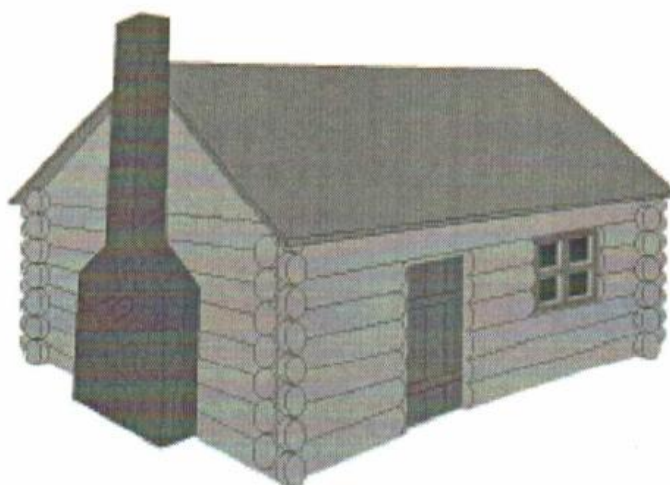
4. Para que hicieran el trabajo, Munson les prestó su maleta a los dos ladrones, y el hombre que alquiló la cabaña les prestó su auto.

El sheriff dejó su lápiz y se rascó el codo.

—Es un lindo jueguito, ¿verdad, profesor? —observó—. Pero... ¿quién gana?

—Puedo decirle quiénes son los dos que pierden —dijo Fordney, soltando una risita.

¿Quiénes eran los dos bandidos?



OTRO DIA DE CLASE

—Después de abrir los ojos del pez que yacía en la orilla del río, el animal dio una última boqueada y murió, y así supe que posiblemente alguien había estado por allí poco antes —dijo Fordney a su clase de criminología.

“Había demasiadas huellas por allí como para que pudiera distinguir si mi sospechoso era alguno de los que habían caminado por allí recientemente. Examiné el pescado con mayor detenimiento y descubrí que no lo habían atrapado con anzuelo. Eso también me dio algo en qué pensar.

“Con la ayuda de la policía conseguí localizar a Bill Johnson, a quien desde un principio había considerado sospechoso por el asesinato de May Turner. El cuerpo mutilado de la mujer había sido hallado en la orilla del río por un granjero de la vecindad. El interrogatorio al que sometí a Johnson fue poco exitoso. Era un hombre grande y robusto, ceñudo, que se negó a responder mis preguntas acerca del asesinato. Como saben, no creo en la coacción, de modo que dejé en paz a Johnson e interrogué al granjero.

“Ahora bien, aunque no quiero que den nada por sentado, la experiencia conlleva una cierta percepción psíquica con respecto a la sinceridad de un testigo, de modo que cuando el granjero me dijo que no sabía nada de la tragedia, le creí. Después...

—No nos ha dicho el nombre de ese granjero —lo interrumpió mordazmente Jim Boyle.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó el profesor.

— ¡No tiene ninguna importancia! —exclamó con excitación Harry Simmons, un recién llegado a la clase—. ¿No se dan cuenta de que hay algo que está mal en la historia del profesor? ¡Yo sí!

¿Lo ha advertido?

ASESINATO A BORDO



Durante una pausa en la tormenta que agitaba y mecía al sólido vaporcito Dauntless, resonó un disparo en la cubierta A.

El profesor Fordney dejó la novela policial que intentaba leer sin mucho éxito, y fue apresuradamente al pasillo. Cuando llegó al extremo, encontró al camarero Mierson agachado junto al cuerpo de un hombre que había muerto instantáneamente. En ese mismo momento se abrieron los cielos, centelleó un relámpago y retumbó un trueno como una burla espectral.

La cabeza del muerto mostraba quemaduras de pólvora. El capitán Larson y el criminólogo empezaron a comprobar el paradero de todas las personas de a bordo, comenzando con los pasajeros que se encontraban más próximos al sitio donde se había descubierto el cuerpo.

El primer interrogado fue Nathan Cohen, quien dijo que estaba terminando una carta en su camarote cuando escuchó el disparo.

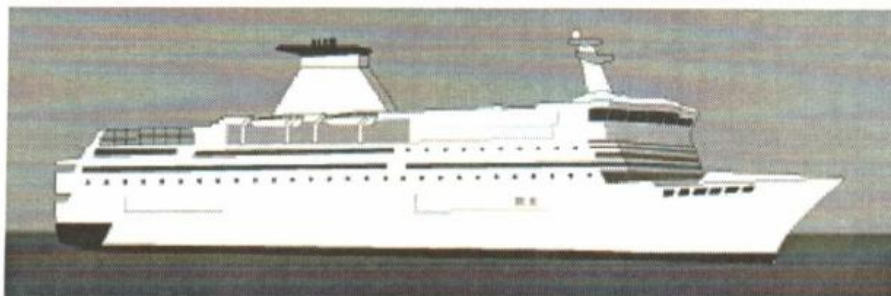
—¿Puedo verla? —preguntó Larson.

Mirando por encima del hombro del capitán, Fordney vio la caligrafía pequeña y prolija, sobre el papel de cartas del barco. Apparently, la carta estaba dirigida a una mujer.

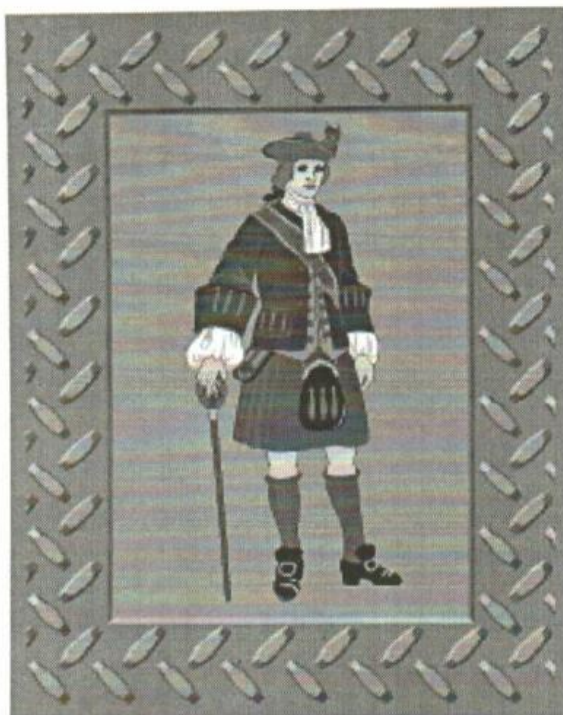
El camarote siguiente estaba ocupado por la señorita Margaret Millsworth. Al ser interrogada con respecto a qué estaba haciendo en el momento del disparo, la señorita Millsworth se mostró excitada y nerviosa. Dijo que se había asustado tanto con la tormenta, que unos quince minutos antes de que sonara el disparo había ido al camarote de su novio, James Montgomery, que estaba justo enfrente. Este último corroboró su declaración, diciendo que no habían salido al pasillo para enterarse de lo ocurrido porque hubiera resultado comprometedor que los vieran salir juntos de un camarote a esa hora. Fordney advirtió una mancha de color rojo oscuro en la bata de Montgomery.

Los movimientos del resto de los pasajeros y de la tripulación fueron determinados de manera satisfactoria.

¿De quién sospechó el capitán? ¿Por qué?



EL PROFESOR DEDUCE



Desde la ventana abierta (fuera de la cual estaba apoyada una alta escalera) situada en el extremo del largo vestíbulo, hasta un sofá puesto debajo de un retrato del siglo dieciocho de un escocés con kilt, el conjunto de huellas lodosas se podía seguir con facilidad.

Allí terminaban.

—Tal vez el tipo las tiene ocultas bajo la falda —observó el inspector Kelley mordazmente.

Seis metros más allá, el profesor volvió a entrar al dormitorio en el que Donald McLennan yacía en su propia sangre, apaleado hasta morir.

Indicando a Kelley que encendiera las luces, el profesor se arrodilló. Esta vez su meticulosidad fue recompensada.

Desde la puerta hasta la cama, y de regreso, observó con la lupa una serie de leves e incompletas huellas del pie derecho. Le pareció que habían sido hechas por una persona descalza y que caminaba sigilosamente. En ninguna parte encontró huellas del pie izquierdo. Un hecho singular e intrigante era que las huellas eran de un leve tono azulado, y el matiz era un poco más intenso en el centro. El profesor explicó a Kelley.

—Entonces —se burló el inspector—, entró aquí en puntas de pie un gaitero escocés con una sola pierna, para matar a palazos al viejo caballero, tras lo cual baila una jiga y se marcha contento cantando “Penachos de Púrpura”...

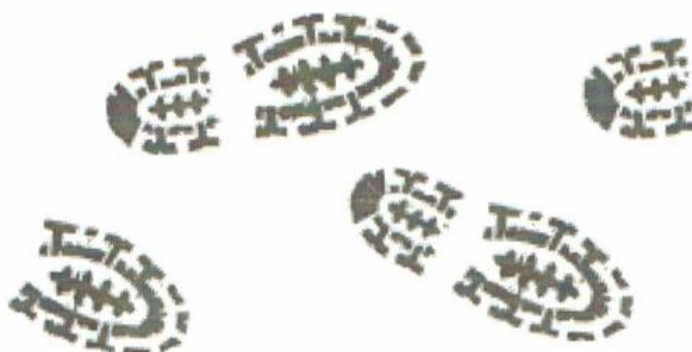
Fordney se rió mientras contemplaba el cielo que goteaba sobre un mundo empapado. Examinando la escalera llena de lodo, murmuró:

—Bien.

—¡Bien qué! —bramó Kelley.

—Bien, es evidente cómo se hicieron esas huellas en el cuarto del asesinato —respondió Fordney—. Una deducción simple nos da un dato negativo y dos positivos con respecto a la vestimenta del asesino. Verá, Jim, seguramente llevaba...

Este es un problema práctico de deducción exclusivo para super-rápidos. ¿Qué dedujo Fordney a partir de las huellas para poder describir tres detalles de la vestimenta del asesino?



SOLUCIONES

El incidente del joven tranquilo

Fordney supo que Moore mentía cuando dijo que apresuradamente había discado 1313 en la oscuridad. Pruebe a discar apresuradamente en la oscuridad. Nadie, salvo los ciegos o los que tienen un entrenamiento similar, pueden discar correctamente un número poco familiar sin ver el disco.

No hay mayor oscuridad que la ignorancia. Shakespeare.

Un hecho significativo

Como la hiedra estaba quebrada solamente a diez pies de altura, era obvio que el asesino había salido, y no entrado, por el muro. Si hubiera trepado desde el suelo hasta la ventana, la hiedra hubiera estado quebrada cerca del suelo. De otra manera, el asesino no habría conseguido punto de apoyo donde pisar.

¡Oh, credulidad! Mason

El místico resuelve su asesinato

El profesor detuvo a Ida Pettinelli. El botón arrancado de la chaqueta hallada en el suelo, que el místico tenía en la mano, desgarró el costado izquierdo de la chaqueta. Sólo las mujeres usan chaquetas abotonadas a la izquierda.

La tarea del mundo es hacer leyes, pero seguir las costumbres.
Montaigne

Un fin de semana interrumpido

Hacía calor, y sin embargo Fordney encontró frío el cuerpo de la mujer. Como el cadáver se hallaba en una calle transitada, y como un cuerpo no se enfría hasta varias horas después de la muerte, Fordney supo que la mujer había sido asesinada en otra parte.

La ciencia bien digerida es tan sólo sentido común y raciocinio.
Stanislaus

Las chucherías de Bebé

1. Como el empleado del hotel no es Burton Chance, es Lyon o Drake.
2. Se nos dice que Dick Lyon no es el asaltante. Por lo tanto, tal como vemos en:
3. Que el empleado del hotel no tenía prontuario criminal (y que no es Lyon), el empleado era entonces Peter Drake. Así, como Drake no tenía prontuario criminal y el asaltante sí, el asaltante es Burton Chance.

La muerte azota a la banda

Loken murió instantáneamente. Por lo tanto, si él mismo se hubiera cortado la garganta, la navaja abierta habría caído al suelo, pero Fordney la encontró en el borde del lavabo, cerrada.

La culpabilidad se revelará aunque no se use la lengua.
Shakespeare

Un error espantoso

Si la tragedia hubiera ocurrido según el relato de Danlley, al menos una de las balas, la que traspasó todo el cuerpo, hubiera roto la ventana que Fordney encontró cerrada.

Ninguna maldad está basada en la razón. Livio

En la encrucijada

Hubiera sido físicamente imposible que el cadáver se mantuviera erguido en el medio del asiento trasero, especialmente porque el taxi recorrió un camino viejo y lleno de pozos.

En todas partes hay incontables caminos hacia la tumba. Cicerón

Cita impostergable

Krause recorrió la distancia desde el camino principal hasta el lugar de su cita marcha atrás, y regresó de la misma manera. Los cuentamillas no registran el millaje recorrido marcha atrás.

La marcha del intelecto da forma al mundo. Goethe

Los siete canallas

Eli Rickel no es el asesino (1) ni el jefe (7). Rudolph Vock no es el jefe (2) ni el asesino (3). Sylvester Zyck no es el jefe ni el asesino (3). Monte Montalto no es el asesino (1) ni el jefe (5). Joe Gorski no es el jefe (2) ni el asesino (3). Ned Baskin sólo es eliminado como asesino (4). Eddie Croft sólo queda eliminado como jefe (6). Por lo tanto, Ned Baskin es el jefe y Eddie Croft el asesino.

¡Soy un necio, lo sé! Congreve

Un mal disfraz

Fordney supo que se trataba de un asesinato en el momento mismo en que entró a la habitación. La muchacha tenía las manos cerradas debajo de las mantas. Si se hubiera disparado a sí misma, al menos una mano habría estado destapada. Además, el raspón de su pecho y los magullones de sus manos indicaban que había habido lucha antes de que la mataran.

Después del hecho, hasta el tonto es sabio. Homero

Un crimen reciente

Un hombre golpeó en la ventanilla cerrada del automóvil y sin embargo la víctima levantó el vidrio y el asaltante metió un arma en la abertura y anunció que se trataba de un asalto!

Si la ventanilla hubiera estado cerrada, Candora no habría podido alzar el vidrio. Si la hubiera tocado, habría sido para bajarla.

Cualquiera puede cometer un error. Cicerón

Un asunto de rápida deducción

Derek y Lily tenían una caja de seguridad bancaria conjunta. Cada mañana, Derek dejaba en ella una nota informándole a Lily sus progresos; cada tarde ella la leía y dejaba allí sus planes para la huida. Fordney consiguió la autorización necesaria para abrir la caja y de ese modo pudo enterarse de antemano de los planes de Jason y Lily. Muy simple, ¿verdad?

Para su propio desayuno ella tendrá un plan para no tomar su té sin una estrategia. Young

El incidente del cadáver exhibicionista

Si Mado se hubiera subido a la mesa (a horcajadas de la abertura de las hojas faltantes, como tendría que haber hecho si se hubiera suicidado), ésta habría tenido la marca de sus tacos altos. Sin embargo, las únicas marcas de la mesa eran sus huellas digitales y la cera, lo que demostraba que la mesa había sido colocada después de ahorcarla.

Los hombres son necesariamente tan locos, que no serlo sería otra forma de locura. Pascal

El asesino de la banda de estafadores

Primero, descubramos quién es el jefe. No es Somer (2) ni Keeler ni Carmody (3), por lo tanto el jefe es Oswald Munson. El jefe (Munson) no es el asesino (4). El asesino no es Somer (2 y 4) y en (5) vemos que Keeler no es el asesino. Por lo tanto, Dan Carmody es el hombre que mató a Merrick.

Regresa, aquí no es aceptable la virtud de tu nombre. Shakespeare

Destino y futilidad

Terry dijo que había estado toda la noche en la oficina, y sin embargo sabía que la puerta de la biblioteca estaba cerrada con llave, hecho que sin duda no hubiera conocido sin tener alguna culpa.

Sin duda tu pecado te descubrirá. Santa Biblia

Emboscada

Las huellas de John aparecían tres veces en el sendero. Si hubiera estado en el pabellón cuando le dispararon a su amigo, y hubiera hecho dos viajes –hasta el cuerpo y de regreso–, hubiera habido cuatro huellas de él. Más tarde confesó que en realidad estaba en el bosque y había matado a Crane cuando éste pasó junto a él. Por excitación y ansiedad pasó por alto la importancia de la ausencia de las huellas.

Sabio es quien ve lo que está a sus pies. Terencio

El caso 463

Fordney supo que el perro no había mordido a la señorita Marshall porque no había marcas de dientes en el vestido. Más tarde, la mujer confesó que se había infligido la herida ella misma con un tenedor, con la intención de causar perjuicio a la señora McGuire.

Día de clase

Las autoridades del Museo supieron que el informe no era auténtico a causa de la manera en que estaban expresadas las fechas del reinado del faraón. Todas las fechas A.C., en el calendario cristiano, se expresan a la inversa que las fechas D.C., por razones obvias. Así, por ejemplo, Moisés vivió desde 1571 hasta 1451 A.C., y Tutankamón reinó desde 1358 hasta 1350 A.C.

La huida

Antes de determinar la identidad del asesino averiguaremos quién es el jefe de la banda.

El jefe no es Louis Segal (2). Y no es Anton Kroll ni Sam Chaplin (3), por lo tanto el jefe es Dan Morgan. Dan Morgan (el jefe) no es el asesino (4). El asesino no es Louis Segal (2 y 4) y en (5) se nos dice que Anton Kroll no es el asesino. Por lo tanto, el hombre que mató al guardia Don Burton es Sam Chapin.

El fin de una carrera criminal

Si a Carr le habían disparado mientras escribía la nota, no hubiera podido sacarla de la máquina de escribir. Su asesino escribió la nota. Al pretender incriminar a Field cometió un error fatal.

Todo hecho que se aprende se convierte en clave de otros hechos.
Yeomans

El descubrimiento del lechero

El balcón de Anita tenía un metro veinte de ancho. Por lo tanto, si hubiera caído o saltado desde allí, su cuerpo no podría haber estado a treinta centímetros del frente del edificio. Tras matar a la muchacha en su propio departamento (que evidentemente carecía de balcón), Morse la arrojó desde su ventana.

El sentido común es un raro lujo. Bovee

¿Quién soy?

Antes de identificar a la muchacha sobreviviente, determinaremos primero quién es la bailarina hindú. En (1) nos enteramos de que no es Sandra Worth y en (2) vemos que no es Louise Holden... por lo tanto, la especialista en danza hindú es Marie Rochelle. Así, si Marie Rochelle es la maestra-bailarina, y Louise Holden y la muchacha sobreviviente (2) habían estado enseñando en Inglaterra durante cinco años, en tanto Marie había enseñado solamente durante un año, la sobreviviente no es Louise Holden ni Marie Rochelle. Consecuentemente, la sobreviviente que padece amnesia es Sandra Worth.

Lee para evaluar y reflexionar. Bacon

El llamado de la destrucción

Watson creyó que estaba tranquilo, normal. Al salir apagó las luces del living, demostrando así que Norton no pudo haber hecho en la oscuridad lo que Watson decía haber visto. Incluso si Norton hubiera actuado así, Watson no hubiera podido verlo sin luz. Watson fue a la silla eléctrica.

El engaño es tan sólo la mímica inferior de la razón. Bolingbroke

Una muerte sin arte

Si Buton se hubiera caído de la escalera, su cuerpo no hubiera estado en el lugar donde lo encontró Fordney... entre el sitio donde había estado la escalera y la casa. El motivo: Arvonne era la heredera de Buton.

Porque nunca, nunca, un hombre perverso fue sabio. Pope

El incidente de las cuatro rateras

Peggy Lomax (5) no es la ratera, la campana ni la jefa.

Myra Sarni (3) no es la jefa ni la campana.

Kate Nash (4) no es la jefa.

Por lo tanto, como ni Peggy Lomax, ni Myrna Sarni ni Kate Nash son la jefa, Dixie Call es la jefa. La jefa, Dixie, no es la campana ni la ratera. Por lo tanto, como ni Dixie Call ni Myrna Sarni ni Peggy Lomax son campanas, Kate Nash es la que ocupa ese lugar. Entonces, como ni Lomax, Call ni Nash son rateras, la que roba es Myrna Sarni.

Un arma apuntando al cantinero

La bala que atravesó la cabeza de Madden (y las otras dos balas) hicieron agujeros en la pared a pocos centímetros por encima del zócalo, aunque Ferrel dijo que Madden, que medía más de un metro ochenta y cinco, estaba de pie en ese momento!; por eso supieron que, tal como Ferrel lo confesara más tarde, Madden debió haber estado sentado, o caído en el suelo, cuando recibió el disparo. Madden, que había ido a chantajear a Ferrel, cayó de su silla, borracho, y Ferrel deliberadamente le disparó mientras el otro estaba acurrucado contra la pared. Luego disparó el arma de Madden para dar verosimilitud a su historia.

Una mentira no tiene piernas y no puede sostenerse. Warburton

Educación para la muerte

Luigi, quien admitió haber llevado el periódico al departamento de Dexter, dijo que se había marchado a las 3:30. Eso fue lo que lo delató. Un periódico impreso antes de las 3:30 no podría tener la noticia del asesinato del playboy, ocurrido después de una función matinee, ya que ésta no podría haber terminado hasta bastante después de las 3:30.

Así el tiovivo del tiempo se cobra sus venganzas. Shakespeare

La torre abandonada

Como Fordney sólo encontró polvo y hojas secas en la escalera de la torre, supo que el hombre muerto no había pasado por allí. Si lo hubiera hecho, sus zapatos embarrados habrían dejado huellas.

He aquí un villano capaz de corromper a miles con su ejemplo.
Massinger

Fordney ayuda al sargento Reynolds

Si una persona finge ser sorda de un oído, puede descubrirse con certeza la verdad si dos personas susurran simultáneamente palabras diferentes en ambos oídos. Si un oído es sordo, naturalmente la persona entenderá lo que se le susurra en el otro oído, y podrá repetirlo. Pero si oye lo que se le susurra en ambos oídos, no podrá repetir lo que se le ha dicho. ¡Pruébalo con sus amigos!

Casi siempre el fingimiento exagera el original y así se descubre.
Ballou

El caso 194

Si el artículo periodístico era correcto, Mayer mentía. No podía haber estado en el agua, caminar media milla con una temperatura de diez grados bajo cero, y después sacudirse el agua de sus ropas. Si la tragedia se hubiera producido según su descripción, el agua de sus ropas se habría congelado.

El invierno no sólo trabaja a gran escala. También se ocupa de minucias.
Smith

Acusan al profesor

La señora Halstead admitió ser sorda, sin embargo afirmó que el profesor se movía en la biblioteca, cuya puerta estaba cerrada, cuando ella bajó. Si hubiera sido sorda, no habría podido oír que Fordney estaba examinando la biblioteca. Más tarde fue acusada por el asesinato de su patrón.

Sólo somos vulnerables y ridículos por nuestros fingimientos.
Mme. de Girardin

Sírvase

Maxine Jarsoca no es jefe ni testaferro (1).

Elsie Byrd no es jefe (2).

Tolden no es el testaferro (3).

Bat Harmon no es jefe ni testaferro (5). Por lo tanto, Gil Tolden es jefe y Elsie Byrd es testaferro.

Una mentira expuesta

Si el relato de Stig era cierto, era imposible que supiera dónde estaba el cadáver. El mismo admitió que la última vez que lo vio estaba apoyado contra la pared.

*Los hombres son demasiado ingeniosos para paliar
su propia culpa. Livio*

La red del submundo

Fordney sabía, por supuesto, que si McCawley se hubiera roto la nariz al caer sobre el camino de cemento, habría sangrado profusamente; sin embargo, no había hallado ningún rastro de McCawley en el camino.

La sangre sigue a la sangre. Defoe

El cumpleaños de Ruth

Muy simple. Su billete olía al perfume que había derramado sobre la cartera.

*Y cuando hay una dama en cuestión, todo lo demás pasa a
segundo plano. Gay*

Coartada

En una calma chicha, la bandera de Werner no hubiera ondeado sino que habría permanecido caída junto al mástil, por lo que la tripulación del Luella jamás podría haber visto a esa distancia si estaba invertida o no. El relato de Werner tenía otro error, aunque menor. Aunque la señal de auxilio internacional sí es una bandera enarbolada al revés, la costumbre y la ley dice que debe izársela a media asta.

*Feliz aquel que aun tiene esperanzas de emerger de este
mar de errores. Goethe*

Recibió su merecido

La socia de Willie Montford en el tugurio de juego no era Elsie Drake. Por lo tanto, la socia era Dottie Kinble o Connie Laird. Connie Laird y la asesina eran casadas, y como la socia de Montford no era casada, Dottie Kinble era quien regenteaba con él la casa de juego. Así, como la asesina de Montford y Connie Laird eran casadas, y como ni Connie ni Dottie Kinble (que era soltera) eran la asesina, fue Elsie Drake quien asesinó al apuesto Willie Montford.

¡Ese reptante insecto, que del lodo emergió, se activó con mi luz, y se convirtió en hombre! Dryden

El asesinato de la ex-esposa

Rogers no podía saber que su ex-esposa había sido asesinada de un balazo, a menos que tuviera conocimiento directo del crimen. La criada no le dijo por qué la habían llevado al hospital, y sin embargo, las primeras palabras que Rogers pronunció al llegar fueron: “¿Quién le disparó?”

Creo que la mayor sabiduría es reprimir la lengua. Catón

La suerte manda

El profesor sabía que, tras haber caído dos pisos, las estampillas deberían haberse desparramado sobre el piso de la caja fuerte, en vez de estar “prolijamente apiladas” como él las encontró. Sin pensarlo, Drewery acomodó las estampillas que quedaron después de que él retiró las más valiosas en las pequeñas pilas que acostumbraba a hacer Aiken.

Amargos son los mandatos de la suerte. Wieland

El caso de la víctima zurda

Warwick dijo que no se había tocado nada hasta la llegada de la policía. Ambas armas fueron cuidadosamente manejadas por la policía... ¡y sin embargo Fordney encontró tabaco en el caño del arma de Gilmore! Como una bala, al pasar, limpia el caño de todo salvo de los rastros de su propio pasaje, el profesor supo que Anita y Warwick estaban mintiendo. Warwick fue condenado por homicidio, Anita fue sobreseída.

La falsedad se nutre de prisa e incertidumbre. Tácito

Nuevo de tan viejo

Ni Crocker ni Taggert alquilaron la cabaña (1).

El hombre que leyó el truco de la maleta no alquiló la cabaña, y ni él ni el que la alquiló es uno de los bandidos (2).

Hudson no alquiló la cabaña ni leyó la treta de la maleta, y tampoco es uno de los bandidos (3).

Munson no era el que alquiló la cabaña ni tampoco es un bandido (4).

Por lo tanto Monk Ward rentó la cabaña, pero como no es ninguno de los bandidos (2), los bandidos son Taggert y Crocker.

Los canallas siempre son descubiertos de algún modo. Lafontaine

Otro día de clase

¡Ningún pez puede cerrar los ojos! Otra prueba de capacidad de observación que el profesor dio a sus alumnos.

*Oh escamado, resbaladizo, húmedo que miras fijo,
¿qué haces? ¿qué vida llevas? ¿Eh ojos saltones? Hunt*

Asesinato a bordo

Fue detenido Nathan Cohen, ya que le hubiera resultado imposible escribir con letra pequeña y prolija en medio de una violenta tormenta.

La tormenta está encima, y todo es azaroso. Shakespeare

El profesor deduce

A partir de las leves e incompletas huellas de un pie derecho descalzo, encontradas en el cuarto del asesinato, el profesor dedujo (y correctamente) que habían sido dejadas por un hombre que tenía zoquetes baratos de color azul, y que el derecho estaba suficientemente mojado como para que la tintura barata se marcara. Como el tono azul era más intenso en el centro, descubrió que el hombre tenía un agujero en el zapato derecho, lo que justificaba la humedad del zoquete derecho. Como no había huellas del pie izquierdo, Fordney dedujo que el zoquete izquierdo no se había mojado y, por lo tanto, que el zapato izquierdo no tenía agujeros. Aunque no podía determinar con seguridad el sexo del asesino a partir de las huellas, estaba razonablemente seguro de que el asesino era un hombre, tanto por la naturaleza del crimen como por el hecho de que no es común que las mujeres usen zoquetes azules. El asesino fue capturado en menos de tres horas. Espera su muerte en este momento, tratando vanamente de disipar su miedo ante el último llamado.

El discernimiento es un poder de la razón en el que pocos se destacan. Oreville

ÍNDICE

Introducción	3
El incidente del joven tranquilo	5
Un hecho significativo	7
El místico resuelve su asesinato	8
Un fin de semana interrumpido	10
Las chucherías de Bebé	11
La muerte azota a la banda	13
Un error espantoso	14
En la encrucijada	16
Cita impostergable	18
Los siete canallas	20
Un mal disfraz	22
Un crimen reciente	23
Un asunto de rápida deducción	25
El incidente del cadáver exhibicionista	27
El asesino de la banda de estafadores	29
Destino y futilidad	31
Emboscada	33
El caso 463	34
Día de clase	35
La huida	37
El fin de una carrera criminal	39
El descubrimiento del lechero	40
¿Quién soy?	42
El llamado de la destrucción	44
Una muerte sin arte	46
El incidente de las cuatro rateras	48
Un arma apuntando al cantinero	50
Educación para la muerte	51

La torre abandonada.....	53
Fordney ayuda al sargento Reynolds	54
El caso 194	55
Acusan al profesor	57
Sírvase	59
Una mentira expuesta.....	61
La red del submundo	63
El cumpleaños de Ruth	64
Coartada	66
Recibió su merecido	67
El asesinato de la ex-esposa.....	69
La suerte manda	70
El caso de la víctima zurda	72
Nuevo de tan viejo	73
Otro día de clase	75
Asesinato a bordo	76
El profesor deduce.....	78

El místico resuelve su asesinato - La muerte azota a la banda - El incidente del cadáver exhibicionista - Una muerte sin arte - La red del submundo - El caso de la víctima zurda - Nuevo de tan viejo... y muchos casos policiales más.

Cuarenta y cinco crímenes que pondrán a prueba su habilidad como detective. A partir de una descripción completa de cada caso, usted deberá descubrir las claves para resolverlo. Algunas veces se trata de un detalle sospechoso en la escena del crimen; otras veces, de una pequeño desliz o contradicción en la declaración de un sospechoso; otras más, de la presencia de algo que no encaja con los hechos. Las soluciones se encuentran al final del libro; allí podrá verificar sus aciertos y corregir sus fallos.



I.S.B.N. 950-765-100-4

